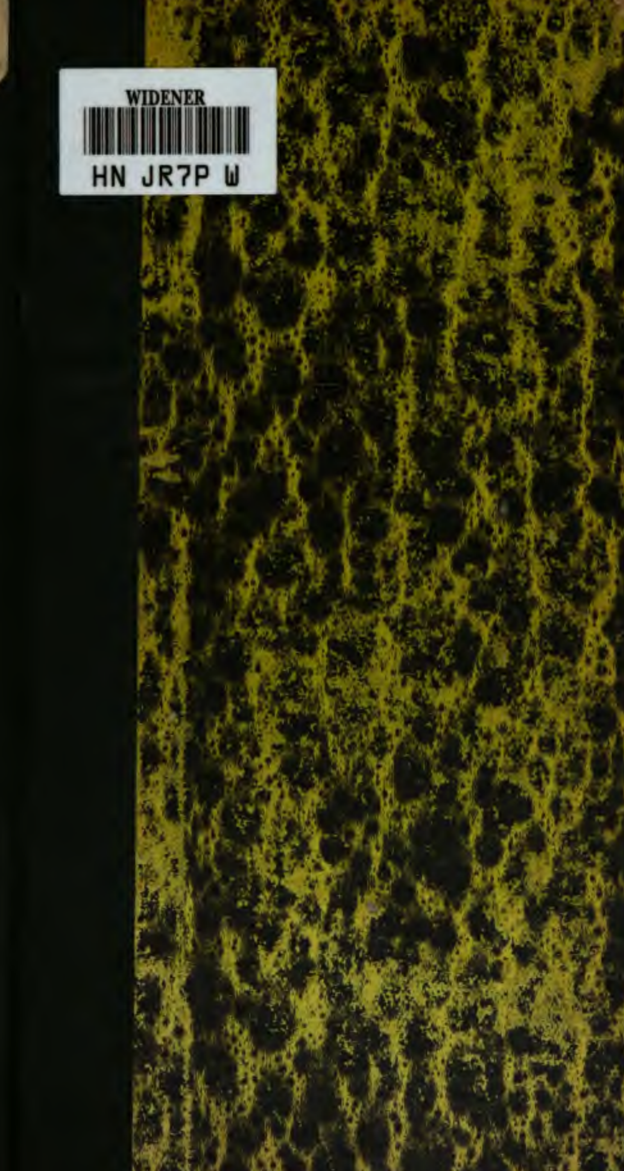

WIDENER
HN JR7P W

FRANCISCO DE P. RENDON





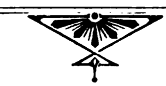
Inocencia.





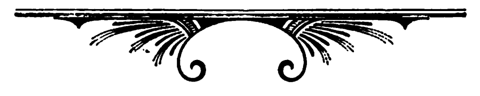
CASA EDITORA
LIBRERIA RESTREPO
MEDELLIN
MCMIV

FRANCISCO DE P. RENDON





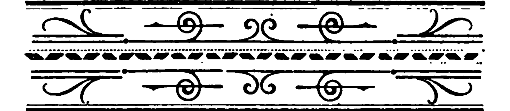
Inocencia.





CASA EDITORA
LIBRERIA RESTREPO
MEDELLIN
MCMIV.

TIP. DEL COMERCIO. MEDELLIN.
Director, Félix de Bedout.



Carta-Prólogo.



Medellín, 30 de Septiembre de 1903.

Sr. D. Francisco de P. Rendón.—*Santodomingo.*

Estimado amigo:

Ya que deseas conocer mi opinión sobre la novelita INOCENCIA, voy á dártela, á riesgo de que del crítico, por insustancial y simplón, pueda decirse que es homónimo de la heroina: un verdadero *inocente.*

Que, al menos, la sinceridad del juicio supla lo que en profundidad no puedo darle. Y lo emito con dos procedimientos que me son grandemente favorables: en forma epistolar, que es tan fácil que de ella pudo decir el R. P. Alvarado (*el Filósofo Rancio*) que el oficio de escribir cartas es como el de

aguador, que se aprende desde el primer viaje; y sigo el orden de la novela.... sencillamente porque para mí es más cómodo. Tiene, asimismo, aquella forma epistolar, la ventaja de que no me obliga al tono oratorio, y puedo decirte lo que siento, llana y claramente, como si estuviera hablando con el amigo, en agradable palique.

Para hablar no más que sobre lo que me ha llamado la atención, por bueno ó por.... no bueno, empiezo por decir que entre lo bueno—y lo mejor—está la pintura del hogar que forman Jacinta Rúa, Lorenzo Pasos y su hija Inocencia; la escena en que aparecen por el camino de Bellavista, es un cuadrito acabado, de colorido local intachable. No hay mañanas y tardes de domingo que en las cercanías de nuestros pueblos no pueda uno contar varios grupos semejantes que, ó van afanados porque "no alcanzan misa" ó vuelven lo mismo porque "los cojió la noche."

Eso, por lo que hace al cuadro, en su calidad de grupo; cuanto á los rasgos que caracterizan á los tres personajes presentados tampoco se puede pedir más: el físico de cada uno de ellos es la revelación de su alma y la profesía de su destino: Jacinta, la mujer de treinta años para Balzac, la cuarentona para este cuento, con "el ojo negro y volado, el moreno picante, las abultadas carnes, el entono, el garbo y el garabato" es el peligro mortal para los maridos viejos, la fascinación de los mozos primerizos, el ideal del campesino que tiene el cuerpo bien alimentado y la imaginación vacía de delicade-

zas estéticas; es, en fin, una presunción de la mujer de la roza. Cuando vi al vejete Pasos, "alto y flaco como un espartillo, nariz de corneja y barbas blancas" en brazos de tal mujer, me dije: "mi compadre es muerto"; no había para qué hacerlo morir de enfermedad atrapada en un chaparrón; hubiera acabado, y pronto, de cualquier otra cosa. María Inocencia, la de "cabellos en ondas de reflejos de oro, grandes ojos pardos, de mirar dulce, y velados por largas pestañas vueltas en arco hacia arriba, de blancura tostada por el sol, dientes azulosos de puro blancos.... de nariz aguileña, sin redondeces" ni músculos para ninguna clase de trabajo, y sin herencia, no había de ser la mujer para el práctico de Angel; ni tampoco para el bermejo Pedro, cuyos gustos de refinado idealismo no alcanzo á comprender. Aquella delicada moza buena estaba para crecer en ciudades.

Es de habilísimo pincel y de observador concienzudo el apurón que da Jacinta, para librarse del agua, á caballo, cuando da "sonantes besuqueos al aire, se mueve cual si quisiera volar, agita las riendas y golpea con el talón la barriga del rocín para aguijonearlo. "Parte este al galope, inflando en buches la verde faldamenta y zangoloteando cintas, capa, envoltorio y maletón." ¿Qué más pudiera exigir Cano para hacer una exacta y pintoresca ilustración de este paso?

Abundan en la novela frases y escenas reveladoras del alma montañesa; el viejo mojado hasta los huesos, que olvida su presente cuita para exclamar; "todo este palo *diagua* es comida", es un campesino de los nués-

tros, de fondo avaro y recio, que ansía por el mayor rendimiento de la tierra, siquiera sea abonándola con la propia sangre.

Tropiezo en seguida con la casa de Lorenzo Pasos, descrita con fidelidad tanta, que el lector cree estar en ella; si peca la descripción es por nimia, defecto en que incurre casi todo literato modernista; tiene esta clase de cuadros flamencos la desventaja de que el detalle obsurece lo principal. Si la novela hubiera de trasladarse al lienzo—y puede trasladarse—resultaría que algunas cosas pintadas, como el *rancho* en que estamos, ocuparían más campo, gastarían más color y tomarían mayores proporciones que algunos de los personajes más importantes: ante aquel *rancho* el *mono* Pedro sería un borrón amarillo incidental.

Mas no por lo apuntado dejo de gozar, como en festín de olores y de luces, con "la aroma y la albahaca en ollitas medio enterradas que mezclan su delicado perfume con el olor acre de la ruda de Castilla de hojas esmaltadas" y con todo lo demás que allí transporta al lector ciudadano á nuestras posadas de las cordilleras.

Cuando Jacinta se rebela contra "pinorar la casa y meterse en *jures*", no hace más que traducir el sentimiento de nuestro pueblo, aterrado por tradición colonial ante lo que huela á cabildo y á alguaciles; y víctima colonial y republicana del laberinto rabulesco en que suelen meterlo muchos de los que con leyes se entienden.

Cojín cojeando atraviesa algunas páginas del libro el *yerbatero* Jesús Osorno, tipo bien

conocido entre nosotros y grandemente apreciado en campos y poblados; es éste personaje que puede utilizarse con provecho para novelar lo antioqueño, y retratar el alma popular con su malicia y credulidad. Muchos años pasarán en que disfrutemos de charlatanes que *enyerban* y de corderos que se dejan enyerbar; si el caso no pasara del terreno médico, era de lamentarse por las vidas que cuesta; pero es más grave cuando se piensa en los médicos sociales, yerbateros del espíritu, cuyas palabras son veneno, y en los infinitos inocentes que se dejan envenenar.

El Jesús Osorno del cuento es de los buenos: la muerte misma del infeliz sudoriento es un incidente en su carrera, una "curación operatoria", como dicen los graduados cuando se les muere un paciente. Persona menos conocida entre el pueblo es Joba Urrego, la vieja descreída á quien no le entraban las andróminas del curandero; mas persona real sí lo es, que de tiempo en cuando topa uno entre la gentuza con cerebros llenos de sentido común. Una vieja conocí, á modo de Joba Urrego, que estuvo tres días á la cabecera de su esposo agonizante, para que no arrimara el consabido yerbatero; verdad es que se me afirmó haberlo hecho con la intención de asegurar sin demoras inútiles la herencia del marido; lo que también prueba mucho sentido práctico.

Me consta que el sudor dado por Osorno á Pasos, en un cuero, hasta que se tostaran ambos, es remedio clásico en la terapéutica de nuestros yerbateros; y también me cons-

ta que hay mucha gente que no es plebe, que cree en el remedio. Así los hagan sudar á los bienaventurados!

Los sacramentos de la Comunión y Extrema-unción, administrados á Lorenzo Pasos, están descritos con sobrio y respetuoso realismo; esta sola frase, que corresponde al primero de tales sacramentos: "recibe en la seca lengua al Dios que le consuela", sugiere un contraste, estéticamente apuntado, entre lo bello y lo grande del Dios que se da y la miseria patológica de quien lo recibe. D' Annunzio, en una mediana novela ó cuento que tituló *Las vírgenes*, describe este mismo sacramento, recibido por una enferma, pero con tal prurito realista que no sólo irrespeta el sacramento (lo que imagino que le afectaría muy poco) sino que se lleva de calle los más triviales fueros del arte.

Alcanzó el novelista, con perfección recomendable, á trazar los caracteres de Jacinta, Angel é Inocencia—perfección que desciende en el orden en que los nombro—de modo tal, que donde quiera que hablen ó que obren, se les reconoce, aun sin nombrarlos, por lo que dicen, por lo que hacen, por la silueta. La Jacinta que en su primer hogar es la antioqueña económica y si se quiere avara, que ayuda á ganar el pan de todos, la que discute á su marido, enfermo de muerte, los cuartos con que ha de medicinarse; la que, viuda, sigue rigiendo sus parcos haberes con mano hábil y hacendosa, no deja de ser ella misma en los momentos de mayor tribulación; así es que, cuando —como lo hacen señoras y plebeyas—"cuen-

ta entre lloriqueos los gustos y caprichos, la vida y milagros del querido", se interrumpe para tomar severas precauciones económicas para velorio y entierro.

Lo propio ocurre con Angel. Si se estudia la niñez y pubertad de este judío agreste, pasados en las mayores privaciones de cuerpo y espíritu, hambreado aquél y humillado éste ; si se pára mientes en su juventud sin familia y sin amparo, se verán llegar como consecuencias naturales—sociológicamente necesarias—la avidez por la escopeta, la ruana y demás miserias del difunto ; su mezquindad hasta "guardar el cabo", su pedigüeñería en casa de Jacinta ; y, en puntos de más importancia, aquellos precedentes son los materiales con que forzosamente había de formarse el desairador de Inocencia, el amante y el marido de Jacinta. Lo que no se hubiera comprendido sería que este mocetón, sano y hambriento, despreciara las robusteces, la fortuna y las habilidades de Jacinta, para prendarse de la debilucha y soñadora Inocencia.

El verbo y la frase empleados en la novela son ricos, saturados de vida y de color ; pienso que el autor acertó en el lenguaje que hablan sus personajes, que es un término medio entre el convencional de los escritores y el popular. Y ya que este punto ha dado margen á no pocos pareceres, expongo el mío : estimo como un grande adelanto en literatura el procedimiento empleado por Pereda en España y por Tomás Carrasquilla entre nosotros—para citar á los que más conocemos—consistente en transcribir

gráficamente el habla popular; nada más antiartístico y chocante que leer lo que dicen los palurdos, escrito en estilo académico; pero tampoco puede sostenerse la doctrina de que ese lenguaje debe escribirse exactamente como se habla, por dos razones muy sencillas: porque no se podría escribir ni se acertaría á leer; ese lenguaje tiene sonidos, inflexiones y gestos que necesitarían —para ser traducidos á la escritura—de signos que no poseemos. Desafío al más capaz de nuestros novelistas á que haga sensible el *sonido* con que hablan nuestros labriegos de Guarne, á que escriba este *ju-ju*, que usamos emitir á boca cerrada, con sonido puramente nazal, y con el cual unas veces aprobamos, otras desaprobamos y en las demás nos damos por enterados de lo que se nos dice, según la entonación que le demos. El propio amigo Carrasquilla, que ha extremado un tanto la teoría, no es capaz de atrevimientos menores; vaya un ejemplo, que tomo del primer diálogo con que topo al abrir *Frutos de mi Tierra:*

"—¿Pero vos y tu hermano no nos han sacao carga de loza mucho más barata?

—¡Carcule carga tan manual.... ahora estos púlpitos de baules!.... Vea, mi don, siempre me tiene qué encimar an que sea un peso.

—Eh! Este sí está distraído.... exclama Filomena sacando un rollito de billetes que había llevado para darle á César. Tomá los quince pesos y dejá tu bulla!"

Esta habla antioqueña, como cualquiera otra que se tome de las obras de Carrasqui-

lla, está muy lejos de ser exactamente la nuéstra; para que se pareciera, deberían hacerse en las palabras anteriores, cuando menos, estos cambios: bos y no vos, losa y no loza, bea, ensimar, sí stá ó sistá, quinse y buya.

Así hablamos, pero sería insufrible leer aquello.

Tiene la obra tres pasajes descriptivos que son sobresalientes: el "Alto del Azuceno", la rocería hecha en convite, que es mejor y en la cual sobresale la valiente competencia entre Angel y Pedro; y el baile de *vueltas* entre el mismo Angel y Jacinta, que es superior á todo lo demás que en la novela se describe, y superior á mucho de lo que he leído en los más afamados autores. Traza Bourget en el *Idilio Trágico* la escena de una tarde en el mar, entre dos amantes, que se dicen muy poco; pero hay allí tal saturación de ambiente, que mucho esfuerzo necesita el lector para recordar que él no es el que está amando, ni el que recibe la sugestión crepuscular al lado de la amada, ni el que con ella penetra al camarote del amor. Algo así pasa con el baile apuntado; cuando se acaba de leer está jadeante el lector, como si él hubiese vibrado á la par con el cuerpo temblador y tentador de Jacinta.

Tan saturado como en el baile, está el ambiente en la roza á donde Angel y Jacinta van por los *chócolos* para el cura. Lo aparente de la escena es casi místico: el objeto que se proponía Jacinta, sus palabras "pero esto sí es una bendición de Dios, y uno tan malo". Angel tampoco estaba en lo que re-

sultó, porque, antes de resultar, "tiembla y pierde el equilibrio"; pero el sitio, la luna, la roza germinante y lujuriosa, la sangre no educada del mancebo, la presencia de la hembra del baile.... todo este medio fue más imperativo que las mejores intenciones.

Y debe declararse que la verosimilitud y realidad del trance están á la altura del modo de contarlo.

Como atrás observé, el desenlace de la novela es el que las leyes sociológicas imponían. Ellas suelen ordenar lo inverosímil, como en este caso la, en apariencia, extraña conducta de Jacinta. En el desarrollo de sus deseos y necesidades como antioqueña de hacienda y hembra de pasiones, tropieza con la rivalidad de su propia hija, que no rehuye sino que acepta como determinación del "destino manifiesto"; trata como necedades de chicuela la neurosis pasional de Inocencia, y con astucia y bravura, casi con cinismo, emprende la conquista de Angel, hasta que lo hace su marido: previera ó no el resultado, Jacinta lo había de obtener, aunque fuese colocando los marchitos azahares de su segunda boda sobre el blanco ataud de Inocencia ; y los colocó.

La muerte de Inocencia, incidente final de la novela no es un desenlace trágico. El crítico y el lector hacen coro á los que presenciaron esa muerte y exclaman : "Dichosa ella, dichosa ella ! "

¡ Dichosa Inocencia ! Jacinta y Angel destrozaron el ideal de su vida ; el martirio por el desdén del amado y tal vez por celos contra la madre, martirio que dio sombra ne-

gra á los sueños amantes de la moza, tuvo feliz término en la dichosa muerte; y fue una dicha que ésta ahorrara á la joven las angustias del nuevo hogar en que ella iba á convivir con el dendeñoso amado, su padrastro, y con la rival, su madre.

Tal fin no es tragedia: es apoteosis, es luz, es gloria. De estos muertos dicen los corazones desangrados en los guijarros del camino, dicen los nostálgicos de la perfección y dicen todas las filosofías, lo que José Eusebio Caro en ocasión semejante. ¡ Dichosos los que mueren, porque esos son los únicos que viven !

La lectura de esta novela me ha hecho formular esta cuestión :

—Lo de la roza, la confesión de Jacinta, la intimación subsiguiente hecha á Angel para que no volviera á casa de aquélla ¿ forman una red sutil, preparada con refinada premeditación para que Angel cayese en ella, ó son hechos aislados en que la mujer obró con espontaneidad y buena fe ?

Como yo no he acabado de resolver el punto, lo señalo para que el lector lo resuelva.

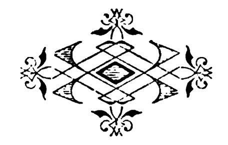
—

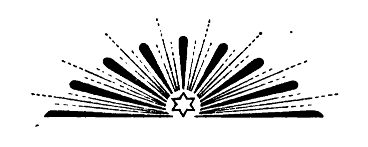
Resumo la impresión que la novela me ha causado, diciéndote que la he saboreado con deleite, que es amena en el narrar y elegante en el decir ; y que, á mi juicio, sus méritos —que son numerosos y sobresalientes—proceden de que supiste explotar dos veneros que son inagotables para el arte : el cora-

zón humano, que es uno en todas partes; y los materiales aborígenes, que son los que has podido conocer y trabajar mejor: con ellos has hecho la obra más franca, más atrevidamente antioqueña que conozco.

Y por ello te felicita tu amigo

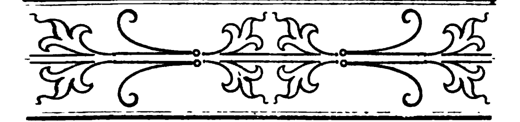
CARLOS E. RESTREPO.





INOCENCIA





I

Sombrero de Aguadas con pedrada á un lado y lazo de cinta azul que el viento bate; capa de paño negro, verdoso por el tiempo y esclavina de terciopelo ya raído; faldamenta verde; tamaño lío en la horqueta del galápago; maletón de diagonal á listas con pabilos en las jaretas; caballera en rocín amarillo, cariblanco, de andadura y muy tripón además, tal se iba Jacinta Rúa, espuma campesina de Sanisidro, por el camino de cuestas, mesetas y cañadas que conduce á Bellavista, digno nombre por cierto del bello paraje donde ella tenía su vivienda. Era domingo en la tarde y Jacinta re-

gresaba del pueblo, (del sitio decía ella) adonde había ido como tenía por costumbre, á misa y al mercado. Le servía de espolique Lorenzo Pasos, su marido, un hombrón avejentado, alto y flaco como un espartillo, nariz de corneja y barbas blancas que el humo del tabaco tiñó á partes de amarillo. Las tales barbas le imprimían al viejo cierto aire de honorabilidad. Era llamado *mano* Lorenzo por parientes y amigos y por todos cuantos le conocieron. Arre que arre la yegua alazana cargada con atados y canastos y seguida del potrico trasquilimocho, iba el mano Lorenzo; detrás de él, esbelta y ágil como una cabra, María Inocencia, moza entrada apenas en la flor de la edad y vástago único del matrimonio. La muchacha llevaba cesto de tabacos en la mano; en la cintura, á guisa de banda escosesa, pañolón á cuadros, y echado atrás, formándole aureola, el sombrero de iraca sin adorno alguno.

María Inocencia era el polo opuesto de Jacinta su madre. Jacinta, á pesar de sus cuarenta largos de talle, por el ojo negro y volado, el moreno picante, las abultadas carnes, el ento-

no, el garbo y el garabato, era conocida en todo Sanisidro, y la admiración de todo el que tenía sangre en las venas. Inocencia, con sus cabellos en ondas de reflejos de oro, con sus grandes ojos pardos de mirar dulce, velados por largas pestañas vueltas en arco hacia arriba, con su blancura un tanto tostada por el sol, con sus dientes azulosos de puro blancos, con sus labios rosa, su frente tersa, limitada por la *talanquera*, un trenzado que empieza en la crencha y va por las sienes y por sobre las orejas á modo de seto, y más que todo por el perfil tan delicado de la nariz aquilina, Inocencia no era para tentar al vulgo; por falta de rosicleres, de redondeces y de contoneos, nadie paraba mientes en su belleza; que en Sanisidro no había en ese entonces, ni quizá haya hoy, la chifladura de las estéticas y de los perfiles.

—Apure, m'hija, busté que va en patas ajenas—dijo el marido mirando al Norte—que aquella nube no l'erra, y de aquí allá no se topa un rancho onde meternos.

Volviendo á mirar Jacinta hacia el punto indicado por su marido, excla-

ma, arrugando el entrecejo:

—Madre mía de Balvaneda, pero si la que va á caer no va haber en que aparala. Usté y la niña, si no apuran, van á llegar hechos patos.

—Que sea lo que la Virgen quiera, m'hija. Escápese busté.

—Da Jacinta sonantes besuqueos al aire, se mueve cual si quisiera volar, agita las riendas y golpea con el talón la barriga del rocín para aguijonearlo. Parte éste al galope, inflando en buches la verde faldamenta, y zangoloteando cintas, capa, envoltorio y maletón. Piérdese la amazona en el largo y estrecho *canalón*, coronado de greñas, de paredes musgosas, vestidas á trechos de escamas de liquen blanco y de chorreras verdes, casi negras. Santíguase y masculla un padrenuestro. Es que Jacinta también le teme al canalón ese, donde es fama que hay un tesoro. Muchos han visto las luces mortecinas que lo alumbran cada viernes santo, las cuales luces emboban al que las topa, persiguiéndole si huye ó escapándosele de las manos si intenta atraparlas. Oyense, además, ruidos semejantes á cascadas de plata amonedada y tristes lamentos en las

altas horas de la noche. Baja Jacinta á una quebrada, que vadea con dificultad, porque el caballo sediento da manotadas, cabeceando. Sube un repecho, gira á la izquierda y desciende por el angosto tirabuzón, que tal parece la senda que conduce á la casa. Ayudada por la cabeza de la cabalgadura, abre con la facilidad de quien lo sabe, la pesada cancilla que, chillando, se cierra con fuerte golpe.

Atraviesa el corral, sube al corredor para librarse del agua que ya empieza á caer en gotas gordas, apéase de un salto; saca del seno la llave, abre la puerta, y sosteniendo el caballejo de la brida, permanece en pie, fija en el camino. El perro, un perrazo negro, gordo como un cojín, que sale á recibirla saltando y meneando la cola, es arrojado por allá á los puntapiés, con un "tira *Teniente*," gritado de tal modo que el perro no tiene mas que echarse á los pies de su ama, triste cual amante chasqueado.

—Virgen de la Trinidá, mi querida madre, amparalos, no me los dejés mojar—exclama suplicante Jacinta mirando al cielo, por donde corre desmelenada una nube color de plomo.

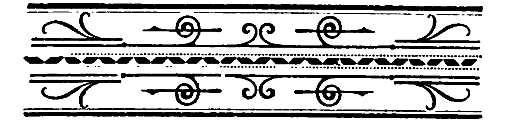
O la Virgen no oyó la súplica, ó hizo orejas de mercader, porque se desató un aguacero venteado que parecía el diluvio, con truenos y relámpagos lejanos.

—Pero venimos d'escurrir m' hija— dice el viejo al llegar, agachándose y saltando para botar el agua que le empapa.—Bendito sea mi Dios. Todo este palo diagua es comida, pues estaban las rositas pidiéndola quini las ranas.

—Caminen á quitarse esa humedá por María Santísima, que si se limpian un ojo se van al joyo de un dolor de costao, que no digan nada.

—*Teniente* le salta encima á Inocencia, calentándola con el vaho, batiendo la delgada lengua de raso encarnado y pelando la sierra de agudos colmillos. Ella, cariñosa y complacida, lo abraza, lo besa en el cuello, lo tiene de las orejas y le pregunta si ha pasado hambre.





II

En el ancho peldaño de la cordillera, arrullada por el rumor voluptuoso del río, que allá abajo corre dándose contra las piedras, espumoso y cristalino, está la casa. Los corredores de teja y árboles que la rodean denuncian ser la mejor de la comarca. La sala apareciera escueta con sus dos taburetes de cuero de novillo, que tienen todos sus pelos y hasta la marca del dueño del animal; con su tosca mesa que hace de altar; con su escaño decrépito; con su granero de bisagras de cuero igual al de los taburetes, si no la llenasen los carros de costales de granos y los utensilios de la-

branza arrimados á las paredes. La alcoba sí está atestada: baúles aquí; allí dos camas—la conyugal y la de Inocencia—con sus colchas de retales y enfranjados rodapiés; dos varas, semejantes á trapecios, de donde cuelga todo el traperío de sus dueños, les forman dosel. En el medio de las camas la indispensable alacena—una de esas alacenas que traen á la memoria los botiquines legendarios de las brujas; puestas al acaso se hallan en ella *calabacitos* de cebada y especias, tapados con tusas; botellas despicadas y polvorientas con los aceites de sal y de canime; el coco de caraña de olor empalagoso; el frasco de enjundia; totumas plantadas en roscas de bejuco, llenas de flores secas y de pastillas de chocolate de harina; haces de tabacos; cucuruchos despachurrados y hasta una muñeca de trapo, los brazos anquilosados en cruz, chapas de dama galante en decadencia, de pie sobre enaguas de papel acartonado. . . . Cual arañas, penden del zarzo horquetas de muchos brazos cargadas de líos y sombreros.

En el costillal del techo, las mazorcas de maíz, unidas por las hojas del *capacho*,

montadas á la jineta, remedan mazos de perlas. Se andan por las paredes, que conservan la cal del bautismo, las acuarelas del genio campesino: el caballito de los siete colores, galopando en el espacio; pájaros que tienen en el pico gajos de uvas ó que andan en ramilletes de flores, y corazones traspasados por agudas flechas, símbolo sin duda de amor desgraciado, con todo y estrofa lacrimosa. Alternan allí con las escopetas, machetes y sobrecargas, las litografías sagradas. Entre éstas descuella la del humilde y divino Antonio, el santo popular por excelencia. Tiquetes de ultramarinos; de ovillos de hilo y cajetillas de fósforos adornan las puertas y el interior de las tapas de los baúles.

Del techo de la despensa, situada en uno de los extremos del corredor interior, penden una *excusa* y un racimo de plátanos *hartones.*

La cocina lo es todo en el campo: sala, comedor, punto obligado de cita. La de Jacinta, es, si puede decirse así, su taller. Del gran fogón de piedras calcinadas, que ocupa todo un costado, jamás se apeó el perol enque

se cuece el jabón de la tierra. Sentada como una pitia en trípode de recios palos, la ollazá de barro desbordada, destila en otra, gota á gota, la lejía para el jabón. Sobre palanquín, tres pesadas piedras, encocadas á los golpes del picador. Una tabla sostenida por rejos retorcidos, agobiada con la vajilla de madera y los carros de totumas amarillentas como craneos de osario, se levanta sobre el palo desgastado, que es el banco donde se sientan las visitas, y donde el matrimonio pasa las veladas alumbrado por las llamas del fogón. Callanas, cuyabras y bateas yacen arrumbadas contra las paredes de bahareque que el tiempo roe. El pilón en forma de gran copa de madera se arrima á la puerta, y el hollín, que todo lo curte y lo acharola, cuelga en mechones de pelo de negro.

En el patio que separa la cocina del resto de la casa, la aroma y la albahaca, en ollitas medio enterradas, mezclan su delicado perfume con el olor acre de la ruda de Castillà de hojas esmaltadas; el eneldo de copos de oro; el espárrago desmelenado y la gota de sangre, esa planta sagrada para el

montañés, que el Crucificado salpicó con la que vertió en el Calvario, aspiran los olores á ensalada de las éras de cebolla, culantro y orégano. El girasol, cursi como un ricacho de nueva data, se yergue junto á las vivas macetas de clavel de España, que se empinan dentro el cerquillo en forma de humilde sepultura, donde viven en amor y compaña de la siempreviva y del alegre caracucho. Anidan los tominejos en el secreto del rosal de Alejandría, á cuyo pié, como si fuese ella sola, se extiende la *flor de muerto*, que repele como una hermosa mujer de aliento nauseabundo. Busca apoyo la tomatera de rojos racimos en la cerca de palos cenicientos y barbudos de puro viejos, que separa el patio de la huerta. El ají parece amenazar con las lenguas de fuego de su fruto á la pepinera que se extiende en su cama de chamizas, escondiendo sus hijos bajo el lívido follaje.

Parece un jumento con su cobija de bagazo el trapiche de manos, que levanta los brazos al cielo, allá detrás de la cocina. Le dan sombra la higuera y el mango ; el cidro y el limonero le perfuman ; las hojas de la yuca le

abanican; le arrulla el aleteo del platanar, el murmullo de las cañas y el chorro de agua.

Cual festones de cardos ciñen el corralejo de adelante setos de fique sobre vallados de piedra: allí está el *bramadero* para uncir el animal gusanoso, al tiempo de la cura ó al ternero en el momento del ordeño; allí comen los marranos; allí se pasea el *pisco* ostentando con vanidad de mujer su plumaje *sarabiado*, ante las gallinas que, mirándolo con ese qué se me da á mí que les es genial, continúan picoteando y escarbando; allí el gallinero que semeja un quitasol; y *ranchitos de vara en tierra* como libros entreabiertos boca abajo, donde habitan las *cluecas*, anidan los palomos y ponen las gallinas—menos la de Inocencia, que esa goza el privilegio de poner en la cama de su dueña. Cerca, atado al aguacate, pasa las horas de bochorno, entre el pienso y las caricias, el corcel aquél de Jacinta, á quien llaman *el amarillo*.

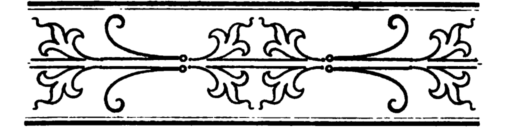
Ahuyenta á los gallinazos el espantajo de sombrero de caña y arreador en mano, ahorcajado en el totumo, cuyos brazos agobiados de verdes tu-

mores se inclinan á la tierra. La cruz tosca, desde la falda pone miedo, no en aquellos negros alguaciles del aseo, sino en el corazón de Lucifer en persona, y el ramo de palma bendita, enredado en las ventanas, espanta el rayo. Medio escondida entre las breñas se ve allá arriba en el camino real la barraca donde Jacinta expende los sábados de cada semana los comistrajos, el aguardiente y la chicha.

En aquella casa solo el gato lleva la gran vida. A cual de todos le mima más; y él, haciéndose siempre de mi alma. Cada noche, á lo gran señor, se echa por esos mundos: callandito y pasito á paso, cuando es la rata la víctima escogida; gallardo, ligero y juguetón cuando le da por pelar la pava. Lo que es al mano Lorenzo jamás le faltó el portillo para tapar, ó la mala yerba para destruir ó el grano para secar al sol. De Jacinta no se diga, que entre las tareas caseras y el negocio vivía—era el decir de ella—hasta los ojos. A Inocencia no le alcanzaba el día para recoger huevos, cuidar pollos, barrer, cuándo con la escoba de iraca, cuándo con el manojo de ramas, y para colaborar con su

madre en lo de la cocina, en el remendar y el lavar.





III

Seis meses han corrido desde que conocimos la casa y sus moradores. Un día, el mano Lorenzo, que mangoneó siempre de aprisionar al potro veloz con el ojo de la soga; de vencer al venado en la carrera por la empinada cuesta y de llevar á hombros la carga de maíz y el pesado tronco del árbol secular, un día, digo, el viejo labriego sintió que se ahogaba al menor esfuerzo. Violentando su genial actividad tiene de andar paso á paso y de sentarse por ahí en sus andanzas y tareas, por sentir que el aire le falta.

"Pasmo en el pecho", decían él y su mujer, cogido la tarde del chapa-

rrón; pero lo cierto era que ni lamedores de borraja y malvabisco, ni bebidas de anís, ni los parches calientes de sebo y manzanilla en hoja de tabaco, fueron poderosos, no digo á curar, á calmar el achaque. El esputo sanguinolento y las palpitaciones que vinieron después, traían la salud del viejo cuesta abajo y á su consorte desazonada y nerviosa. Cómo no, si los tobillos se hinchaban, y el hombre á quien antes no habían podido hacer guardar cama por más calentura que tuviese, se queja ahora de serle imposible "tener los güesos de punta", y se pasaba en el lecho los días enteros, de *muto* propio, y si se resolvía á dejarlo era para sentarse por ahí todo tapujado con la ruana, siempre quejumbroso y de mal talante, cosa que en su vida se le ocurriera.

El Cojito del Romeral, médico milagroso, al decir de la negra tollera de Girardota que le recomendó, fue consultado; y la misma negra, portadora de dos calabacitos con chicha que envió el galeno, de sabor tan negro como el bálsamo de Fierabrás, y de las instrucciones para darle baños de cuanto yerbajo crió Dios, amén de so-

bas de maíz tostado desde la rodilla hasta la planta del pié. Por milagro se tuvo el pronto alivio, mas no perduró, que tornaron las hinchazones, invadiendo muslos, vientre y cara. En balde fueron ya las sobas de marras, en balde las de caliente rescoldo, en balde los baños de lejía con guayaquil y aguardiente de uva, en balde los de altamisa, y los altos coturnos de bayeta.

¡ Qué noches las del infeliz, pasadas de claro en claro, qué fatigas, qué sed ! Parecía que el fuego le devorara las entrañas.

Ah! si el Cojito le viera—solía exclamar la esposa á cada instante.—Pero cómo, si los ahorros se iban y los trabajos estaban de parada ! Que se tome una suma á interés hipotecando la casucha del pueblo ó "la montaña", propone un día el enfermo. Jacinta que tal oye se trasforma en basilisco, las narices infladas, echando rayos por la negra pupila y manoteando como un cómico de la legua, replica que nunca jamás ; que su madre se quedó en la calle por haber "pinorao" el pedazo de tierra que su esposo dejó al morir ; que si no rodó la infeliz de

puerta en puerta como una mendiga, fue porque Lorenzo la recogió en su casa, no abandonándola hasta que le echó encima la tierra del cementerio. "Líbrenos Dios, m'hijo", exclama, las manos cogidas por detrás y recostada á la pared, "líbrenos Dios d'esos plumeros que le meten á uno *yures* pa quitale lo que ha conseguido echando la jiel, no más que rajando pluma, rajando pluma. Vea m'hijo, primero pego la lengua contresta paré (acompaña las palabras con el ademán) y muero quini cucaracha en vergüenza e puerta, que ponele patas á la tierra go al rancho."

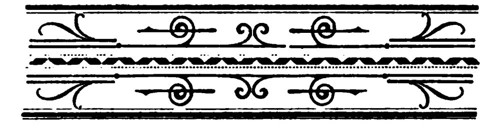
El viejo permanece callado como un Sócrates mientras pasa la tormenta.

"Busté como es un Dios me lleve y Dios me traiga, es muy capaz de enredase con esos ladrones", continuó Jacinta un tanto calmada. "Feriemos, m'hijo, si quiere, los bienes de sabana, que cuando no son mortecina pa los gallinazos, se aparecen los gorricoloraos, esos sinvergüenzas que podían trabajar comuno, y alzan con lo que tiene, como el otro día que alzaron con mi amarillo. . . . quisque pal

Gobierno.... pal demonio sería.... Madre mía de Balvaneda tapáme esta boca!"

Consumidos los bienes de sabana, y después de una escena parecida á la anterior, Jacinta, para escaparse de la hipoteca, avanza hacia el paciente muy conmovida y lacrimosa diciendo: "Manque nos cueste un ojo de la cara, m'hijo, primero está la salú, que esa vida que usté está pasando en esa cama no es vida. Salgamos d'esos dos cuchinos ques l'único que falta.... Hasta las polleras las empeño, m'hijo, si fuere menester, pa eso sé trabajar. Hay tengo tuavía las almendras di oro. Voy á mandarle razón al Cojito que se venga.





IV

La casa rebosa de gente que se mueve, cuchichea, va y viene. Son los vecinos y parientes que han acudido á la noticia de la gravedad del mano Lorenzo, deseosos de conocer al médico tan mentado, traído desde tan léjos, á pesar de haberlos tan buenos en el país.

Un hombrecillo descolorido, lagañoso, barbilampiño, escaro, los pies como dos líos de cuero atados con cabuyas, en mangas de camisa, cargado con guarniel monumental de vaqueta, negro y sucio, apareció en la puerta del cuarto diciendo con voz de tiple:

—Treigan helecho bien seco y un cuero de novillo p'aplicale el sudor que es lo último que falta por hacele.

—Está de viaje, señor médico ?—pregunta una viejecita hilachosa, desdentada, boquifruncida, viva como una ardilla, retirando el tabaco que fumaba con la punta encendida dentro de la boca.

—Si eso es un costal de males, ña mujercita. Tanté que se le salió l'agua del cogote y se le regó por toito el cuerpo, y tiene una ventocidá en las aletas del corazón, que no diga nada. Haga de cuenta un murciélago loco por salirse de la cueva.

—¡Madre mía del Carmen!—exclamó la vieja escupiendo y limpiándose los fruncidos labios con el reverso de la mano.—¡Mi amito y siñor lo socorra!

El cuero en que Lorenzo secaba al sol los granos de sus cosechas, fue clavado en la cama de Inocencia. Un mozo, un atleta color de carne nitrada, pecoso como una granadilla, pelo bermejo, mostacho idem, despeluznado, y ojos de gato, entró llevando á la espalda un fardo de helecho que casi le cubría.

—Vamos á matar marrano, Perucho ?— preguntó otro, acanelado, ojos negros y crespos, dientes de cuarzo bruñido, cabellos ensortijados, delgado y brioso.

—Ajualá, Angel–contestó la vieja.–Quisqués que le va á sacar l'agua del cogote. Que me corten la cabeza si güelven á levantar á mi compé d'esa cama. Yo no soy dotora.... pero acordate de yo, Angel, acordate de yo.

El médico, inclinado sobre la mesa, abrió un plátano maduro asado, lo empapó en vino de consagrar, y lo rellenó de especias é incienso.

—Eso mantendrá más que sustancia de pichón de palomo, siñor médico?—preguntó la viejecilla, que se veía y deseaba por desentrañar al empírico.

—Esto no es pa comer, ña mujercita, sino pa ver si le saca la ventocidá de las aletas del corazón.

—Huuuum!—gruñó la vieja en señal de admiración.—Dispense, siñor médico, que ya busté sabe que el que va pa viejo, va.... y el que no sabe es lo mesmo que el que no ve.... Y su gracia, dotor, perdonándome la sopería?

—Jesús Osorno; pero los cristianos puay han dao en llamarme *El Cojito del Romeral* ¿Y la suya, ña mujercita?

—Joba Urrego, una criada de sumercé, aunque ya no sirvo ni pa sacar un perro á....

Volviendo la vieja á donde estaba Angel, le dijo:

—Con un plátano asao, ole Angel, quisque le va á sacar la ventocidá. No digo yo, que mientras uno más vive, más oye y más ve!

—Tal vez será bueno, ña Joba; qué sabemos!....

—En la nuca me derrito el alivio. Acordate de yo... Cuando el tobillo se hincha la sepultura relincha, decía el dijunto Padre Henao.

Vénse negros en la alcoba, cuatro jayanes, ayudados de otras tantas mujeres, para trasladar al enfermo, que parecía de plomo, al lecho de cuero.

De repente se oye en la despensa un grito pavoroso. Acuden muchos y hallan á Inocencia recostada contra los anaqueles, caídos los brazos, los ojos en albo, mortal el rostro, casi sin respirar: á sus pies una totuma boca abajo y un charco de leche.

Mi.... mi.... mi.... padre—articula la niña con dificultad, contestando á las preguntas que la asedian. Y una vez repuesta, cuenta que al coger la totuma de leche que su madre le mandó llevar, sintió en la nuca un viento helado, y que al mismo tiempo vió cruzar una sombra.

"El taita que la está asombrando", afirmó ña Joba. "Aquí no es menester más quel Cura. El último achaque, queridos, no lo cura ni Galeno. Le va á costar el médico á mi comé Jacinta, por fanfarrona, lo que no tiene. Yo soy una probe vieja; pero acuérdesen de lo que les estoy diciendo."

Copos de humo blanquecino invaden la casa buscando salida por puertas y ventanas y por cuanta rendija topan. El fuego chisporroteando se levanta en llamas que lamen el cuero, y se esparce por toda la casa el repugnante olor á pelo chamuscado.

El enfermo, sin camisa, el plátano abierto pegado sobre el corazón, prendido de un lazo que cuelga del techo, en busca de aire, cuñado de atados y almohadas por todas partes, terrosa y amoratada la color, renegridos los labios, suplicante la mirada y un ester-

tor que parte el alma, brota agua por todos los poros.

Sólo porque el cuero amenaza romperse es apagada la fogata.

Imposible fue volver la víctima á su lecho. Allí, en el lugar del suplicio, encargó á su mujer la paga de una pierna de cera al Señor Caído de Girardota, y un corazoncito de un castellano de oro, al Santo Cristo de Zaragoza. "M'hija, agrega con entrecortado y dolorido acento, ya me voy, mi Amito y Señor me llama.. Anoche se me aparecieron mi padrecito y mi madrecita con velas prendidas, lo más resplandecientes.... Busté está moza, y si Dios es servido se vuelve á poner en estao.... lo que sí le encargo es que no le ponga padrastro á la muchachita.... Cásela primero.. El Cura, m'hijita, el Cura! No me dejen morir quini un perro.

Llorando á dos hilos, enjúgale la esposa el sudor del rostro y le besa las manos. Luégo, agachándose, toma la saya por el ruedo, se suena, se restrega los ojos, y echándose hacia atrás las melenas que le caen sobre la frente, exclama profundamente conmovida: "No lo permitan los Clavos de

Cristo, m'hijo.... ¡Dónde topar yo otro Lorenzo!.... Vaya, querido, acordándose de sus pecaos, que ya Perucho que sí tiene pies, se acomidió á ir al sitio por el padrecito....

Levantándose del borde de la cama donde estaba sentada, Jacinta le arregla al enfermo las mantas que le cubren, y acariciándole la cabeza añade: "Agora vamos á sacudir este rancho questá de la vista de los perros, pa que pueda entrar mi Amo y Señor."

—Llámeme la niña, m'hija, pa decile adiós.

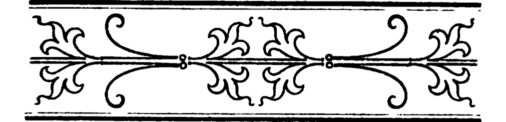
—Aquí está. Hínquese m'hijita pa que su taita le raye la bendición.

Inclinado en soberbio arco el cuello de cisne, postrada de rodillas la bella criatura, y pálida y temblorosa, oye entre escalofríos que se suceden sin cesar, la voz estertorosa de su padre que la bendice en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El asombro de la niña, el lastimero ladrido del perro allá en la huerta, el desespero del enfermo que tienta las mantas é inconsciente busca en el lecho lo que no se le ha perdido; la visión de sus padres muertos hace ya tántos años; el dedo pulgar caído so-

bre la palma de la mano; el sudor copioso y frío, son, para aquellas sencillas gentes, signos inequívocos de que la muerte se acerca. La viejecilla Joba, siempre fumando el cabo por dentro, anuncia á unos y á otros que no es médica ni nada que lo parezca, pero que su compé Lorenzo está de viaje.





V

Desnúdanse madre é hija el hilachoso traje campesino; barren los acomedidos, tronchan flores á diestra y siniestra y riegan con los pétalos el suelo; colocan macetas en las botellas de agua de Florida, á las que la habilidosa Jacinta había metamorfoseado en floreros, despicándolas por medio de frotamientos de cabuya é inmersiones en agua fría. Levántase el curtido velo de linón, poniendo á Nuestra Señora de Balvanera á la vista de la multitud que se queda lela contemplándola. Y no era para menos: La Virgen se destaca allá encajada en la cueva de gigante roble, ama-

zona en el águila, con aquel rostro que remeda un clavo romano, circundado por óvalo de oro, y en el regazo el niño jugando con el mundo. Viste la mesa blanco paño, guarnecido de pajarracos bordados con hilo colorado. Pasan al rincón del moribundo el sangriento Crucifijo tallado en madera, y el San Isidro Labrador—su abogado—pintura al óleo como la Virgen, de gorra en la cabeza, al hombro la azada, de blusa y en pernetas. "El vaso", llamado así por ser único en la casa, que ostenta en relieve la corona de Carlo Magno y los bustos de Napoleón y de Eugenia, lleno de agua bendita, es colocado en el altar con la *flor de muerto* que ha de servir de hisopo; á su lado la vela bendita, la taza de pucha y el plato, su compañero, tan pintarrajados: la taza con agua del chorro y el plato con una miga de masa de maíz. El pañolón de raso que Jacinta compró á una señora muy su amiga, dándole en pago dos reales de pandequeso cada domingo, tapa con sus tornasoles de cuello de palomo las repugnancias del lecho. La sobrecama de vistosas guacamayas sirve de cortina

en la puerta del cuarto. Luce la cruz, protectora de la casa, floreada guirnalda; la cancilla del corral, floreado arco, y unos regatonazos anchan el zig zag del camino.

La campanilla es el heraldo que anuncia la llegada del Huésped por quien aquella casa viste de gala. Desgórranse los hombres, echan las mujeres sobre la cabeza pañolones, pañuelos y devantales.

Caen todos de rodillas.

Reina religioso silencio.

El sacerdote, alto, seco, encorvado, pálido como los cirios del tabernáculo, se apea de la mansa mula: las huesosas manos sobre el pecho, en el suelo la mirada y envuelto en el blanco almaizal, avanza sereno. Murmura en latín, y luégo, levantando la voz, traduce al romance:

" ¡ La paz sea en esta casa y en todos sus moradores! "

Posa el relicario bordado de oro en el improvisado altar, á su lado el cirio de cera blanca que le alumbró en el camino, oye al enfermo en confesión y rociando con la flor de muerto el agua lustral del cristianismo, exclama suplicante en la lengua madre:

"Rocíame, Señor, con el hisopo y seré purificado! Lávame y quedaré más blanco que la nieve!"

Diserta con sencilla elocuencia sobre la grandeza del Sacramento de la Eucaristía.

"Los otros sacramentos son santos", dice, paseando la mirada dulce y apacible por el auditorio, "éste contiene el Autor de la santidad, que es Cristo Nuestro Señor...."

Dirigiéndose al moribundo, cuya respiración parece soplo de fuelle roto, y que le mira con indecible angustia, interrógale con gesto imponente y voz de metal:

"Creéis en Dios Padre Todopoderoso......?"

"Sí creo", responde en coro la multitud con fervoroso acento, y el enfermo, con débil movimiento de cabeza.

Terminada la protestación de la fe, acerca el sacerdote el Cristo á los renegridos labios del enfermo, que le besa reverente, y tomando del relicario la sagrada hostia, la levanta lentamente, clavando en ella la mirada con profunda humildad, diciendo:

"Ecce Agnus Dei...."

" ¿ Creéis que por las palabras que Jesucristo en la última Cena, y cualquier sacerdote rectamente ordenado, por pecador é indigno que sea, dice, se convierte la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo, y la substancia del vino en su sangre ? "

El "sí creo" de la postrada multitud resuena como un rugido.

Todas las cabezas se doblan. Perdona el moribundo á todos los que le han hecho mal ó se lo han deseado ; implora el perdón del Cielo y de los hombres, y más con el alma que con los labios repite con el sacerdote :

"En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu ". Reverente recibe en la seca lengua al Dios que le consuela.

Alentándole con palabras cariñosas, anuncia el sacerdote que le va á aplicar el Sacramento de la Extremaunción, "dispensador de la salud del alma y del cuerpo", y cambiando la estola blanca, símbolo de pureza, por la morada, emblema de penitencia, prepárase para las unciones, llevando la yema del dedo pulgar á la ampolla de plata que contiene el aceite sacro ; pero comprendiendo que la agonía toca á su fin, se limita á la señal

de la † en la frente y conjura suplicante á los santos de la Corte Celestial..

Dóblase el enfermo dando un ronquido y dejando rodar dos lágrimas.

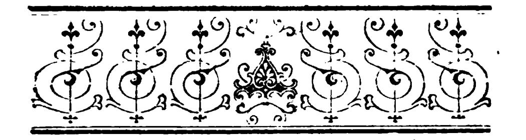
"Se jué! Se jué! Jesús! Jesús!–gritan á una Jacinta y ña Joba.

El sacerdote extendiendo, como para bendecirlo, las descarnadas manos sobre el moribundo, que exhala débil suspiro, exclama con acento sombrío:

"Vuéla, alma cristiana, y tengas asiento en la paz de la Santa Sión."

El murmullo de un responso anuncia á los circunstantes que todo ha terminado.





VI

Tiembla la multitud y se agolpa en la alcoba.

La desolada viuda, deshecha en un mar de lágrimas, se aferra al cadáver llamándole á voces. Llorando enternecidas, forcejan las amigas por arrancarla de allí diciéndole :

—No semos pa semilla, querida. Dios da la llaga y la medecina.

—Dichoso el querido que pasó las penas del Purgatorio en esa cama.

—Y que se fué despachao por ese bendito Padrecito......

Inocencia, de quien nadie hace caso, al revés de su madre, permanece

en pie con los ojos desmesuradamente abiertos, fijos en el muerto.

Jacinta se yergue, se retuerce, se agita cual una posesa entre las mujeres que la rodean, la envuelven, la abrazan. Ella hace añicos el pañuelo que lleva en la cabeza, se mesa los cabellos y se desgarra las carnes. Levantando los brazos y los ojos al cielo grita enronquecida: "Allá vas, allá vas, querido, por la región del aire con tu padre y tu madre que vinieron á toparte.... Véanlo, véanlo.... y con Bartolito, m'hijo, que se me jué de tres meses...."

Inocencia, atisbando ansiosa la visión que la desesperada mujer describe con tal verdad, pregunta:

—Usté si lo ve, mama?

—Ay ! ay ! cómo no ! Y los ahijaos que se nos han ido, toítos vienen á topate con velas encendidas, querido de mis entrañas.

Mientras tanto, lavan al difunto en agua caliente, le cierran los ojos con ácido de limón, le ahorcan con una cabuya y le amortajan.

Dando cada suspiro capaz de conmover las piedras, ordena la sin ventura que se consiga el aguardiente y

los tabacos para el *velorio*. Manda que sean desnucadas para la cena la gallina *tabaca* por haber dado en vivir clueca, y la cochinchina por tener los huevos quebrados; que se haga el ataúd con las tablas que están sirviendo de cielo raso en el corredor, pues ella no puede permitir que al querido le lleven al pueblo en barbacoa, y que le pongan alpargates para el paso de la *eternidá;* sí, que le calcen; que de nó el querido se presentaría como un zarrapastroso con el pie en el suelo allá en el valle de Josafat, el día de la fin del mundo, lo que sería para Jacinta–así lo proclama–más duro que la misma orfandad.

Boca arriba, tendido cuan largo era sobre la tarima de la sala, altar á la cabecera y en medio de cuatro velas de sebo, colocadas en candelabros de troncos de plátano, cuyos focos humeantes le imprimían oscilaciones fantásticas, fué expuesto á la curiosidad pública aquel cuerpo inflado como una odre, amarillento y opaco, entreabiertos los vidriosos ojos, la boca embutida de cal, de bodoques de algodón las narices y las orejas, pañuelo de colorines en las quijadas, blan-

ca toca en la cabeza, rapado á guisa de fraile–él que en la vida de Dios se quitó sus barbas;–las manos, grandes como dos manoplas, pisando maniatadas sobre el hinchado pecho la cruz de palma bendita; hábito de fula azul ceñido en el vientre monumental por el nudoso cordón de San Francisco; los pies descoloridos y terrosos atados con cabuyas por los tobillos; señalando al Cielo los alpargates nuevos que lucían los siete colores del arco iris; sobre las rodillas, para espantar las moscas, una rama de ruda que llenaba el aire de ese olor acre y característico que el pueblo llama *olor de muerto.*

Dijérase que se trataba de fraile muerto en olor de santidad al ver cómo se afanan, se arremolinan y se codean, ansiosos de verle y tocarle, las gentes que acudieron de todas partes.

"Si vieran, queridas, lo bonito que está", dice ña Joba á las de la cocina, repechándose, cruzando las manos sobre el pecho é inflando los carrillos "mesmamente un Gobierno".

No se sienta la vieja á beber, como ella decía, el cabo por dentro, sino después de haber colocado en la

cama donde su compadre rindió la vida, una vela encendida y la taza de pucha rebosando de agua. Que el ánima se estaría allí perecida de sed hasta que la tierra cubriese el cuerpo, y era obra de caridad darle de beber, y de cristianos alumbrarlo como cosa santa.

El juicio de los vivos no sólo declaraba merecedor al difunto del reposo de la tumba, si que también de la gloria eterna. Cuenta Jacinta entre apóstrofes y lloriqueos, los gustos y caprichos, la vida y milagros del querido. Ña Joba se lamenta de haber perdido no á un prójimo ni á un amigo ni á un compadre, sino á su hijo, á su taita, á su todo; pues fué mano Lorenzo en el mundo el único cristiano que se acordaba de que ella era huérfana y pobre para tirarle una saya ó tenderle la mano con un real. Ella, al que quería oírla, le ponía al tanto de cómo Lorenzo, que era la paciencia en pasta, montaba en cólera cuando alguno le hacía la propuesta de comprarle las yerbas medicinales de la huèrta. Que eso era de las ánimas benditas del Purgatorio, y bastaba rezar por ellas un *pater noster* pa-

ra llevar lo que se quisiera. La vieja se volvía lenguas haciendo la relación del sinnúmero de ahijados que tenía el difunto y del rumbo que gastaban él y Jacinta en los compadrazgos. Que en ellos no faltó jamás la camisa para el compadre ; el corte de zaraza, el pañuelo de bizcochuelos, la gallina y la libra de cacao para la comadre ; la sábana, la cofia y la enfranjada camisa para la criatura.

Aquí se alaba su constancia y valor en el trabajo. Que nadie le echó el pie adelante ni con el hacha, ni con el azadón, ni con el calabozo. Allí, lo religioso, lo honrado, el crédito de que gozó ; allá lo "orgulloso" que fué para su persona : en Bellavista era el único que gastaba sombrero de suaza y machete con vaina salida de la talabartería del maestro Cañas de Sanvicente. "La escopeta de mano Lorenzo", exclamó por allá entusiasmado uno de los panegiristas, es la escopetica de más alcance que yo conozco. ¡ No digan nada hermanitos ! Un día que la estaba limpiando se le metió hacer un tiro pal aire—lo cuento porque lo vide—cuando se oyó una voz que dijo : que á mi Dios que no

tire pa arriba que mató un ángel."

—Hijue la caña! hermano—replica uno de los oyentes.

—Ay está, hombre—responde el narrador muy tranquilo—señalando al muerto, pregúntele si quiere.

—Caray, si eso fuera verdá—prorrumpe Angel, rascándose la cabeza y tirando la gorra al suelo—si eso fuera verdá hasta una onza le diera yo á mana Jacinta por esa pistolita. Estoy más pelao que un güevo, pero hasta robaba. Es q'era mucho el espíritu malino que mataba yo con ella.

En la cocina las gallinas condenadas al último suplicio eran hechas picadillo, allí en la misma batea donde su dueño recibió como ellas el último lavatorio en agua caliente.

A la voz de ña Joba que convoca á rezar *el rosario de la buena muerte*, cada cual se acomoda lo mejor que puede: quienes en el escaño y en el granero; quienes en zoquetes de palo y en haces de leña; quienes en el almud, en el cuartillo, y en las enjalmas. Las mujeres en el puro suelo, todas apeñuscadas y en cuclillas, así como nos pintan á las egipcias en los juicios de sus muertos.

Un solo desabrido y quejumbroso entona:

"Mi Dios y mi Redentor
En quien espero y confío."

Coro lánguido y monótono de bajos, tiples y contraltos, contesta:

"Por tu pasión Jesús mío
Abrasame en vuestro amor."

Una vez terminada *la pasión*, uno de los circunstantes, buscando á Angel con la mirada, dice:

—Que le eche Angel al *Testamento*.

Otro:—Muy bien, pa que vean el pecho que tiene ese carajito.

Ña Joba:—Acompáñelo Inocencita.

Varias mujeres:—Sí, Inocencita, acompáñelo, que usté canta muy bonito.

Resístese la huérfana, pero en vano. Fueron tantas las instancias que al fin hubo de ceder.

El, con voz limpia y sonora; ella, dulce, tímida y temblorosa, entonan el canto del rico que después de invocar el auxilio divino, declara:

"A caja cerrada dejo
Cuanto valgo y cuanto tengo;
La joya de más valor

Q'es el alma y sola tengo,
A mi Señor Jesucristo.
Que me la dio se la vuelvo.
Del cuerpo no digo nada
Porque ese es un desdichao,
A la tierra se lo dejo
Porque d'ella fui formao. . . ."

Y que después de manifestar resignado: "Las honras me las harán los gusanos en la tierra", hace esta triste profesión de fe:

"Ya se acabó la hermosura,
La pompa y la vanidá,
Con esto confieso y creo
Sólo la muerte es verdá". . . .

Cuáles admiran el melodioso dúo, quiénes las verdades incontestables del rico que pregunta:

"¿ De qué me sirvió tener
Haciendas y caudal,
Si al pie de la sepultura
Todo lo vengo á dejar ?"

Y que inspirado del espíritu de Dios, exclama:

"Todo el que fuere cristiano
Ponga mañana el oído,
Y oirá que doblan por mí
Las campanas del olvido."

Al oir esto deja escapar Jacinta un suspiro entrecortado, y mirando el cadáver, dice como hablando consigo misma :

—De yo si no vas á decir eso, querido.

Dos coros, uno de hombres y otro de mujeres, en que se oye la voz dulce y temblorosa de la huérfana y la metálica y potente de Angel, entonan alternados el canto en que se cuenta la vida y milagros de San Francisco, el Santo fundador que abandona las delicias del mundo :

"No con ropa de brocado
Ni de vana fantasía,
Ni manga de terciopelo
Ni con jubón de valía,
Sino con duro sayal
Todo su cuerpo cubría...."

Ña Joba, rascándose la cabeza y escupiendo unas escupas que suenan como palmadas contra el suelo, exclama:

—Eso sí es lo pa bien bonito. Y no sabía ella qué admirar más, si la tierna despedida del santo de la casa paterna ; si las súplicas del padre para que el hijo no le abandonase ; si las penitencias á que el santo se sujetó en el

desierto, ó la dura tentación, en que el diablo, fingiéndose el mensajero de Dios, le ofreció en matrimonio una beldad, lo que oído por el santo eremita :

"A una sierra se subía,
A una peña muy alta
Donde mucha nieve había ;
Allí la coge á pedazos
Debajo se la ponía ;
Allí revuelca sus carnes
En aquella nieve fría...."

En tono lastimero manifestó la anciana sus anhelos por hacerse á un hábito de San Francisco para que la amortajasen, y agregó, con acento de profunda convicción, que al que le es concedida tan gran merced se escapa de padecer las penas del Purgatorio, pues las llamas, por intercesión del Santo, se pegan al hábito sin traspasarlo jamás, mientras el ánima envuelta en los pliegues, se está acurrucada y medrosa, llorando sus culpas y demandando á Dios misericordia y perdón. Pero ¿ cómo hacerse la pobre ñe ña Joba á tal prenda, si de donde traen los milagrosos hábitos es "de la tierra santa de Jerusalén" ? Y, ella, ¿á quién encargarlo ni con qué comprarlo ?

—No se lo logren todo, mis queridos, dice una mujer desde la puerta interior, raspando una arepa, que á las pobres de nosotras por hacerles de jinchir no nos toca mas quel jumo de la cocina que nos está comiendo.

—Yo pensaba que nos traía un trago, ña Joaquina, pa espantar el frío y á ver si este pecho se aclara—exclamó Angel, fingiendo tiritar.

Algunos rieron, pero sin hacer caso de la petición, añadió la Joaquina :

—No cante Inocencita *La Criollita de Lima* hasta que no cenen, pa yo oírsela, que tengo muchas ganas de cogele la tonada.

—Vaya, m'hijita, á la cocina traiga el vaso pa dales un trago questarán que ya se truezan—mandó la madre á la hija.

Esta, que parecía cosida á las faldas de aquélla, no se mueve.

Jacinta, que si siempre la mimó, ya por lo de ser hija única, ya por la viveza, actividad y buena condición de la muchacha, no por eso dejó de andarle de palo en mano ; bien porque las tareas le calentaran las enjundias, ó ya porque la muchacha rezongase ó

se hiciese la remolona, viendo esta vez que no se movía, la empuja con el codo, diciéndole á regañadientes:

—Movete.

—Madrece—replica la niña estremeciéndose ligeramente.

—Andá, no me hagás que....

Ña Joba, metiendo su cucharada, palmea á la niña en el hombro diciéndole cariñosa:

—Hágale caso á su madre m'hija, que dende que yo estaba tamañita oía contar á la dijunta mi madre (mis palabras no la ofendan) que puallá en la Villa, se tragó la tierra una muchacha por amiga de no hacele caso á la mama: Tanté, m'hija, que los taitas son pa los hijos lo mesmo que mi Dios. Hágale caso á su madre—agrega pasándole la mano por la cabeza.

Suspiró la niña, moviéndose para levantarse, pero no lo hizo.

—Es que tiene miedo, ole—dijo Angel.—Camine yo la acompaño.

Animada la niña por la galantería del cantor, salió tras él.

Pedro, el bermejo, siguió á Angel y á Inocencia con terrible mirada de animal felino.

A la luz misteriosa de aquella noche sin luna, se cree la medrocica en el perfumado patio rodeada de fantasmas y de ánimas del otro mundo. Camina temblando sin respirar siquiera: las ramas que la rozan, se le antojan manos que la cogen, la *gota de sangre*, fúnebre ataúd, y el girasol, que se inclina al soplo del viento, fantasma de cuencas fosforescentes que va á atraparla. Cierra los ojos para escaparse de las terroríficas visiones, apretando tan fuertemente los párpados que la fosfena la desvanece. En su andar á tientas tropieza con el tiesto de la albahaca y cae de bruces dando un grito. Su compañero se vuelve á mirarla, pero no se mueve á prestarle auxilio. Al oir el grito salta Pedro al patio cual una pantera, mas viendo que Angel se ha quedado como un estafermo, y que de la cocina acuden varias mujeres á socorrerla, se detiene, ahogando un rugido. Aquellas llevan la niña en vilo, le frotan con agua las sienes y las sangraderas y se la dan á beber.

Anda el vaso de boca en boca.

Ña Joba es la Hebe de aquel olimpo.

—Echelo acuerpao, viejita, pa ver si

se me espanta el susto, y puedo decir el relato de *Don Francisco Moreno*—le dice Angel á la Hebe con su genial buen humor.

—Pa que cantés la Manífica, questo no es velorio de chiquito, entendelo mocoso, dientes de yuca.

Las mujeres, entre aspavientos y restregones de hocico con el antebrazo y el reverso de la mano, apenas alcanzan á apurar un trago, entre tres ó cuatro. Algunas vacian las últimas gotas del vaso en la boca de sus hijos, que duermen por ahí tirados á la bartola. Al sentir éstos el néctar en los labios, se lamen, se limpian, se quejan y se voltean.

En grupos de á dos, de á tres, por familias enteras, con una sola cuchara ; en la cocina, en los corredores, en el patio, en la cámara ardiente misma, es devorado el chirle ajiaco de gallina, servido en la vajilla de madera, y el claro chocolate de harina, servido en las totumas.

En la palma de su mano de momia ofrece la vieja los tabacos dirigiendo á cada uno esta pregunta : "busté bebe?" Todos aceptan, hasta el que está fu-

mando, y dan las gracias con el "Dios se lo pague".

Angel se ha hecho el cantor obligado: con éstos entona el *Trisagio;* con aquéllos, *la salve de la Divina Pastora;* con esotros el "*Poderosísimo Patrón del linaje humano.*".

La mujer que quería cogerle "la tonada" le reclama á Inocencia "La Criollita de Lima".

A falta de compañero, que ni Angel, el Mario de la fiesta, ni nadie la sabía, rompe la niña en tímidos trinos:

"Una Criollita de Lima
Por la Iglesia celebrada,
Mereció por sus virtudes
Ser santa canonizada.
Cuando esta santa ayunaba
¿ Con qué hacía su mediodía ?
Con tres pipas de naranja,
Y agua por sed la bebía.

Pedro, hipnotizado, no podía imaginarse de otro modo á la Criollita de Lima, á la que

Por hermosa la pusieron
La Rosa Santamaría,

que como se le presentaba Inocencia en aquel momento, los brazos cruza-

dos sobre el naciente seno, baja la mirada y entreabiertos los labios de grana.

Al cantar la niña:

"En la iglesia estaba Rosa,
Cuando su padre dentró,
De rodillas por el suelo
Y en el aire la miró."

La cantorcica transfiguróscle á Pedro de rodillas, suspendida en el aire, las manos puestas como una virgencita de Lourdes, y la mirada virginal de aquellos ojos castos levantada al Cielo.

Engolocinada la triste viuda con el relato de *Don Francisco Moreno*, insinúa á su comadre Joba que inste á Angel á que lo recite.

"Vos sos capaz de sacar candela d'entre l'agua", le dice la vieja al mozo. "Decí el relato de *Don Francisco Moreno*, pa que l'oiga mi comé Jacinta. Pero mirá, te tuerzo el pescuezo lo mesmo que á un pollo, si salís con una cosa que no sirva pa l'ánima del dijunto."

El mozo, que no esperaba más, colocó el sombrero en el suelo, cruzó los brazos, y no declamó, que rezó:

"Sacratísima María,
Madre del Divino Verbo,

Reina de las Jerarquías
Y de los muy altos cielos,
Alumbrad mi entendimiento
Para contar el milagro
Que patentemente has hecho. ."

Y empieza la trágica y milagrosa historia de esta manera. . . .

"En la ciudad de Granada
Qu'es de riquezas madre
Y de los hombres Gobierno,"

vino al mundo *Don Francisco Moreno* y casó con Doña Isabel Vasco, dama de fuste y piadosa como ninguna. Coronó el Cielo la felicidad del matrimonio con una hija que era un primor,

"Por haber sido devotos
Desde los años primeros
De rezar con grande celo
El rosario de María,
Y al Angel un padrenuestro."

Pero el demonio, envidioso, metamorfoseado en gentil doncella, se le pone delante á D. Francisco, le declara vehemente pasión y acusa de infidelidad á la casta esposa. Aunque Don Francisco se resiste á darle crédito al tentador, aguijoneado por la duda se encamina á su casa, vigilante y teme-

roso. Por fortuna para Doña Isabel, en vez de coloquios de amor, oye el esposo,

"A su esposa ofreciendo
Los misterios del rosario";

mas no fué ello para tranquilizarle, que callado y rostrituerto, cosa no acostumbrada en él, se estuvo en presencia de la devota señora. Queriendo ella ahuyentarle la pena que le leía en el semblante, muy amable y placentera le dice:

"Querido esposo de mi alma,
Mi amado y querido dueño
Dime q'es lo que te aflige
Por si yo fuere el remedio"

En ese momento, una sombra como de persona que huye, cruza el patio. Vuela D. Francisco á atraparla, pero inútilmente, que la sospechosa sombra desapareció en el viento. Entonces

"Vuelve furioso á su esposa,
Estas palabras diciendo:
Ven acá perra traidora
Que un yerro quita mil yerros."

Y desesperado, loco por los celos, la acribilla á puñaladas.

Sin volver á mirar el cadáver que yace bañado en su propia sangre, en volandas, toma D. Francisco á su hija y se presenta con ella á la beldad acusadora. So pretexto de escapar á las persecuciones de la justicia, ordénale el demonio dar muerte á la criatura. No vacila en obedecer aquel padre sin entrañas, que estrellando contra el suelo á su propia hija, galante requiere de amores á la dama.

"El demonio se resiste
Diciendo: yo á ti me ofrezco,
Pero es con la condición
Que has de botar el rosario
Que llevas colgado al cuello,
Y ese poco de reliquias;
Pues has de saber que tengo
Devoción á esa señora
Y en su presencia no quiero..

El apasionado caballero presuroso va á obedecer; pero ¡oh prodigio! rosario y reliquias se le adhieren á las carnes. Inútil es tratar de arrancarlas. Aterrado, implora á la Virgen y al Angel, sus abogados. Acuden. A su vista el demonio es precipitado á los infiernos. Manda el Angel al arrepentido D. Francisco que despierte la ciudad

para que presencie el prodigio; ordénale la Virgen poner al exangüe cadáver de Doña Isabel el rosario que le entrega. A su contacto vuelve ésta á la vida, en presencia de la multitud pasmada, como quien despierta de una pesadilla; y la niña sonriente y placentera aparece diciendo que un gentil mancebo la ha traído en sus brazos.

El auditorio de Angel está tan conmovido como el granadino que fué testigo del milagro.

Al terminar el mozo así:

"Pido que seamos devotos
De rezar con grande celo,
El rosario de María,
Y al Angel un padrenuestro",

un murmullo de aprobación se hace sentir; al suelo, á los pies de sus dueños, caen todos los sombreros; de las bocas, todos los tabacos; vuelan las chispas de los que son apagados á los soplos y á los papirotazos; queda en el pavimento y en las paredes el tizne de los que lo son á los restregones. Y como no está en el espíritu ahorrativo del campesino botar el cabo, lo guardan en las faltriqueras y en los guar-

nieles; algunos hasta detrás de las orejas y entre el pelo.

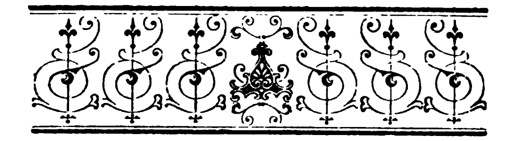
Jacinta misma lleva la voz en aquel rosario que rezan fervorosos.

Después de cantar

"Bendita la luz del día
Y el Señor que nos la envía...."

después de apurar un trago más; después de que ña Joba se hubo paseado triunfante con la taza de agua que puso en el lecho, mostrando cómo la había mermado el ánima de su compadre, tomaron el camino del pueblo llevando á hombros la camilla con el ataúd, tamaño como un granero, forrado en zaraza negra y guarniciones de hiladillo blanco.





VII

Pobre Inocencia! A zaga de su madre, después del entierro, regresa á Bellavista por el camino tántas veces transitado. Al coronar el alto de "La Cruz" que debe su nombre á una rústica y musgosa que la piedad levantó allí, todos los que iban rezaron un padrenuestro y tiraron sendas piedras en el montón que le sirve de base. La niña, á quien siempre le picó la curiosidad de contar las piedras para saber el número de padrenuestros rezados, esta vez no se acordó de ello. Detuviéronse todos á contemplar el cementerio que desde allá se domina. Jacinta

suspiró al reconocer la fosa de su marido, un paralelogramo de tierra amarilla recién pisada.

—Adiós, querido !—exclamó con los ojos encharcados—pa yo volverme á ponerme en estao sería menester topar otro Lorenzo Pasos.... y d'esos no se topan todos los días.

Picada una viuda reincidente, le contesta :

—Pues mi querida, naide puede decir d'esta agua no beberé.

—Mejor será no decir nada pa que no me castigue la lengua. Pero vean, les doy licencia pa que me calienten bien calentada, si se me mete el patas d'echarme esa....

Cuando llegaron al largo canalón era ya casi noche. Convulsa y pálida la huérfana se cuelga á las faldas de Jacinta. Piensa la pobre que allá en el otro extremo la espera su padre de hábito y toca, las hinchadas manos sobre el pecho, con aquella cruz y aquellos alpargates que señalan el cielo.

Qué noche la de la infeliz. En la cama matrimonial, pegada, como una ostra, de Jacinta que duerme á pierna

suelta, sofocada, tapada hasta la cabeza por no ver á su padre espirante en la otra, no se atrevía siquiera á respirar. El ronquido de Jacinta le ponía el alma en un hilo. Gritar, ah! un imposible: despertaría su madre enojada y la echaría á esa otra cama donde él murió tan desesperado y donde estuvo el ánima bebiendo el agua de la taza. Correr, huir, á dónde, cómo? Allí en la sala, alumbrado por aquellas cuatro velas y oscilando aterrador estaba él, su padre, tan monstruoso, con aquella toca, aquella cruz, aquellos bodoques de algodón.

Estremecióse en medio de lloviznas nerviosas al oir el aleteo y el canto del gallo. Suspiró sintiéndose como libre de un gran peso, cuando su madre despertó y la llamó bostezando para alabar á Dios y levantarse.

Desteñida por los insomnios; los grandes y pardos ojos dentro de un círculo violáceo; cubierta la cabeza con la montera de visera levantada, cual casco romano y vuelo atrás para defender la nuca del resistero; maltrajeada, con el vestido de remiendos, desarmado y roto, cuyo amplio cor-

piño dejaba al desnudo las paletas, los brazos afelpados y el blanco pecho, tal estaba Inocencia en el centro del patio alzada hasta la pantorrilla y agachada hasta tocar casi el suelo, barriendo con la escoba de ramas y amontonando la basura al pie de cada mata.

En su tarea no cesaba de pensar cómo se las habría para entrar sola á esa despensa, donde su padre deshaciendo los pasos la había asombrado; á ese cuarto y á esa sala donde le velaron. Y si su madre lo mandaba, cómo no obedecer? La tierra estaría allí á sus pies pronta á abrirse para tragársela viva. Ña Joba se lo había dicho. Por fortuna el recuerdo de Angel con sus blancos dientes y su ensortijada cabeza la asaltaba de cuando en cuando, oprimiéndole ligeramente el pecho. Si estuviese allí, pensaba, Angel la acompañaría, Angel le enseñaría el relato tan precioso de Don Francisco y de Doña Isabel. Acariciando esta idea se detenía por instantes, suspiraba y volvía al barrido.

Jacinta tampoco las tenía todas consigo. Patullando por ahí en alpargates

sueltos, no menos marchita que su hija, volviéndolo todo á su lugar, pensaba en su situación. De repente se paraba y llevando la cuenta en los dedos decía á media voz: "El entierro. . . ., la mortaja. . . ., la cruz que mandé hacer. . . . Pues, y el aguardiente de tres semanas en el Estanco, y los tabacos. Válgame Dios! si estoy quebrada. No tengo calle!" Como para desechar tan negros pensamientos tornaba al trasiego con doble brío. A poco, nueva parada y nueva cuenta. "Y sin un Cristo de qué pegar", añadía meneando nerviosa la cabeza, "ni la olleta de cobre, ni el perol, ni los aritos de oro. . . sin unos calzones en la casa, cómo haré yo, mi Dios, para repicar y andar en la procesión?" Corre al altar, sacude, quita trastos y apostrofa á la Virgen diciendo: "Vos sabrés, Madre mía de Balvaneda, qué hacés con estas dos güérfanas, y cómo me socorrés pa pagar todo lo que debo."

"Me comen los perros si me limpio un ojo", era su expresión favorita, y dar y cavar sobre lo que le convendría hacer.

Su agibílibus ideó un *convite* para

echar un *temprano*. El querido le había dicho que el maíz iba á valer, y tenía ya señalado el rastrojo que pensaba rozar. Ella haría la roza. En el chiquero tenía un cuchino cebado, lo único que le quedaba, con cuyo precio pensaba pagarle al Sr. Cura el entierro. Pero éste le daría esperas, era tan bueno y la quería tanto.

Estando un sábado en la brega de los comistrajos, se apareció Angel como llovido del Cielo.

—Buenos días, ó tardes serán yá—dijo el mozo cruzando las manos sobre el palo que le servía de bastón.

—Buenos días, Angel. Yo yá ni sé onde estoy ni cómo me llamo, con este jumero que me tiene loca. Dentre—añade clavando en el visitante los negros ojos.

—Dios se lo pague, mana Jacinta, yá estoy adentro.

Angel permanece de pie en la puerta de la cocina, con la boca entreabierta, dejando ver los dientes cuya blancura hacía resaltar más la negra felpa del bozo.

—Dentre siéntese q'el perro está

amarrao.—dijo Jacinta sacudiendo el banco con las faldas.

—Yá será irme, que me calienta la noche—contestó Angel, mirando al sol.

—Siempre se va. No s'esté ay parao que ya no crece más.

Saltando por sobre la balumba de trastos se repantiga Angel en el banco, y, agachado, hace con el palo hoyitos en el suelo.

Entre el brete del pandequeso, el batir de huevos, el sentarse y el levantarse, entona Jacinta su eterna cantinela. En la vida de Dios se vió ella tan acosada; debiéndole á todo el que se le ponía por delante; el achaque "del querido" que le costó todo lo que tenía; "dos meras sayas en la casa" que aunque trabajaban como negras apenas alcanzaban á conseguir que echarse por debajo de la nariz. Atenida á la misericordia de Dios se había echado encima el nuevo empeño de una yegua, que un buen cristiano le vendió al fiado en dos onzas. Le era el animal indispensable para llevar al pueblo los productos de su industria y de la huerta. Pero no era eso lo peor,

que la muchacha se había vuelto una para nada y no quería desprendérsele ni un solo instante. Era el miedo en persona. Entrar sola á la casa, ni por pienso. Dormir sola en su cama como en vida "del querido", ni porque la mataran. Ahora las pesadillas que solían darle, de poner miedo en el que no la conociera. De cada pernada era capaz de llevar á tierra al más esforzado. Pues, y el crugir de dientes, y el morderse la lengua hasta echar sangre. "Yá estoy cansa de darle miel con pica pica, bebidas de verdolaga y cuanto me dicen q'es bueno. Hay días, Angel—exclama arrugando la frente y sacudiendo la cabeza—"en que me veo á tiros de coger el monte".

Contagiado Angel del pico de la viuda se da también á la tarea de contar sus cuitas: Que su padrino, el difunto don Emeterio Arenales, fué un padre para él; pues no sólo le enseñó la doctrina y á trabajar con el hacha y con el azadón, sino á leer y á escribir. Que le regaló dos hanegas de tierra, una novilla y una potranca, pero que no le "hizo papel", razón por la cual los hijos del padrino, que

no podían ver á Angel ni pintado, luégo de muerto Don Emeterio cayeron como "vacas golosas" sobre la hacienda, y alzaron con los regalos; que le echaron de la casa como á un perro, sin dejarle llevar ni lo negro de la uña, y que iba para dos meses que andaba de ceca en meca pasando las de Caín.

Después de poner de ladrones y de pegotes á los tales, que no había de donde cogerles, y de pronosticarles desgracias sin cuento por no haber respetado la voluntad de su padre, evocó Jacinta muy enternecida el recuerdo de Clara, la madre de Angel, de la difunta Clara de quien fué tan compinche y amiga, y que murió en la guerra de un balazo en los momentos en que le echaba agua á un herido para que no boquease "seco como el gorgojo". Ella habló de lo que amarran las faldas, ella, del proyecto del convite, el cual no podía ser sábado como era uso, á causa del negocio de la barraca. Había resuelto que fuera el 7 de Diciembre, víspera de la Inmaculada Concepción.

—Ya sabe que lo espero á usté

también, Angel. Tráigase á los conocidos que tope puay. Ya ve que ni los ricos topan agora un pión. No los hay ni pa conocer—agregó destapando la cazuela, de la cual se desprendió el apetitoso olor del pandequeso.

—Si Dios me da vida y salú siempre vendré, mana Jacinta. A comer será.

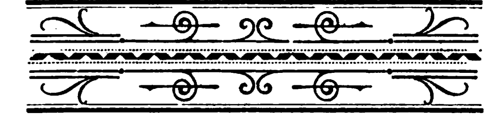
Presentándole ella un plato con roscas y zoquetes de hojaldre, le dice:

—Tenga Angel, métase esto en la muela más coca que tenga.

—Pa qué se pone en eso. Dios se lo pague—le contesta el visitante, tocándo con el reverso de la mano, el sombrero por debajo del ala, en señal de cortesía.

—No me desprecie, que la dijunta mi madre (mis palabras no la ofendan) me enseñó á no dejar ir á naide de mi casa sin tirale con algo.





VIII

Lo prestigioso de Jacinta y la fama del *velorio* fueron parte para que no tan sólo de las vecindades, sino de lugares apartados, acudiesen al convite. Desde la víspera llegó ña Jova, á quien la pobreza obligaba á andar siempre de pingajo, con otras comadres y amigas; también Angel y Pedro, armados de calabozos cortantes como navaja de barbero.

Pedro, silencioso y agachado, miraba á Inocencia con el rabo del ojo, y con tal tenacidad que parecía no haber en la casa nadie más para él. Inocencia, sin percatarse del bermejo jayán, bañaba á Angel embelesada con la mira-

da tan dulce de sus ojos pardos, y encantada le oía los acertijos, décimas y cuentos. El de la Flor de *Lilolá*, cuyas coplas repetía Angel en el caramillo, le trastornó el seso. Soñó esa noche,—noche en que por la primera vez dormía tranquila después de la muerte de su padre—oir cantar al pastorcito del cuento, que no era otro que Angel, no en la flauta denunciadora, sino en los cañutos desiguales delcaramillo, unidos con cabuya y cera negra, la copla:

"No me toques pastorcito,
Ni me dejes de tocar,
Mis hermanos me han matado
Por la Flor de Lilolá."

Cuando amaneció Dios, yá habían invadido la casa cosa de cincuenta *conviteros*, armados como Angel y Pedro de hachas y calabozos. Sueltas las faldas de la camisa, la ruana colgada del hombro, *carriel* de vaqueta, de piel de nutria ó de perro montés; y sobre los riñones, ceñida al cinto, la mochila con las lumbres y los tabacos. Aquellos traían en la *jíquera* la muda de cristianar ó la vihuela envuelta en pañuelos de varios colores

—son los mozos que oliscan el baile—; éstos, en obedecimiento á convencionalismos sociales, visten, no el hilachoso traje campesino, que otro de mejor apariencia; ésos, como quien dice "qué se me da á mí", los guiñapos que siempre llevaron en sus faenas y los zamarros de cuero de tatabra, especie de delantales sujetos en las piernas con amarradijos de cabuya. Bregan unos porque los perros que les acompañan no se agarren con el perro y el gato de la casa, que, despeluznados, gruñendo y pelando el colmillo, reciben á sus congéneres; otros afilan el arma con el eslabón ó en la piedra de amolar.

De pie, á la manera que el pueblo de Dios tomó el pan sin levadura y las lechugas amargas, y á sorbos, apuraron el chocolate de harina que trascendía á pimienta de Jamaica, con queso y hojaldre.

—Quiénes son los capataces?—pregunta Angel blandiendo el calabozo y saltando al patio.

—Mano Cleto y mi compadre Rafael—contesta Jacinta, señalándolos.

—Si he sabido ni vengo—replica Angel mirando el muy ladino al ma-

no Cleto, un vejete rojo de carate.

Y volviéndose al viejo, en tono de zumba añade:

—A usté no le da mucha rabia topase puay un palo de carate?

—Por qué, hombrecito?

—Yo sé—replica el muy guasón, levantando los hombros y mezclándose con los que ríen por haber comprendido el equívoco.

—Onde es el trabajo?—torna á preguntar Angel—q'este calabocito ya me habla, hermanos.

—Allá—responde el compadre Rafael, extendiendo el brazo hacia la cordillera del frente—onde están aquellos chamizos, junto á la cañada.

Vuelven todos á mirar la cordillera, la cual cubierta á partes de grama, á partes de rastrojo, se levanta á formar el alto de "El Azuceno", cuya cúspide en forma de cono, luce gorro de felpas casi negras; desciende luégo perfilada por obscura guarnición de selva virgen en ondulaciones de culebra fugitiva; detiénese de súbito cual cortina que se recoge para dejar ver allá abajo el río, que, cansado de su descenso va por el valle, perezoso, espaciándose en curvas caprichosas, ve-

lado en ese momento por níveas gasas, y las montañas, que, levantándose en montón las unas por detrás de las otras, marcan con golpes de luces y de sombras los sueltos pliegues de las faldas, y se descoloran, y se tiñen de azul, y se arrebujan en tules para escalar el cielo.

—Tan bonito que se ve ese demontres de río allá abajo, y hasta á la quinina le dan calenturas—observa Angel.

Y volviéndose á los labriegos que están en el corredor, donde se halla Pedro, exclama señalando el rastrojo:

—Pues eso ni pa yo chicotiámelo con los dientes.

—Pa cañero que lo busquen—gruñe Pedro, clavando en Angel aquella mirada de animal felino.

—A sudar pues el cacao—grita el fanfarrón, sin percatarse de esa mirada de Pedro. Y presentando el calabozo, añade:

—Pa que vean que con éste no se tira ni un jumo el rastrojito.

—Hablá ay bocón—vocifera Pedro indignado, no tanto por las baladronadas del festivo Angel, cuanto por el embeleso con que Inocencia mira á

éste—No me hagás que te volté el mascadero.

—Eso es si puede hermanito—contesta en tono zumbón el bienaventurado Angel. Y remangándose la muñeca y presentando el puño cerrado, dice:

—Aquí también hay canela m'hijo.

—Al trabajo, al trabajo—grita el compadre Rafael—que nos paña aquí la noche.

—Arriba, al trabajo! A echar la giel!—gritan todos, marchando á la desbandada, á paso repicado, y llevando al hombro, en balanza ó cruzados en la nuca, las hachas y los calabozos.

—Dejen de correr pa pararse—grita Angel—; y saluda á los que topa diciéndoles:

—Onde se les apagó el candil?

—Apuren maganzones que pobre y sin plata la cama lo mata.

—Al cacao con hojaldra de mana Jacinta, y á sudar rajando leña pa que se les quite el tuntún.

—No venimos á levantar muertos, sino á echar hacha y calabozo—contestan los embromados, con altivez.

—Arriba, pues, hermanitos, que bebiendo cacao naide ha conseguido.

Saltando de piedra en piedra vadean el río que corre allí todavía espumoso y desgreñado.

Los capataces nombran *orilleros* y *contraorilleros.*

Aquellos que no dejaron sus *carrieles* en la casa colgados de las horquetas, los cuelgan de las ramas; sacan todos el eslabón de la mochila que llevan pegada á los riñones, y humedeciéndolo en la punta de la lengua, lo pasan apresurados por el filo del arma; échanse la bendición invocando á San Pablo, abogado de las alimañas, y emprenden de luego á luego la deseada tala.

Rompen los orilleros la *trocha*, despuntan los contraorilleros, el resto á manera de ejército bien disciplinado, levanta la *tonga* en el centro á *tajo despuntado.*

Con los tallados músculos ponen en juego todo su orgullo y toda su vanidad aquellos hombres. Les baña el sudor y no lo sienten. Relampagueante la pupila, inflada la nariz, resoplando, gesticulando y mordiéndose los labios, blanden el arma. El

busto echado hacia adelante en actitud de dar un paso, el sombrero hacia atrás, flotantes las faldas de la camisa, remangados unos, otros con los zamarros de tatabra que les dan aspecto de salvajes; desafiándose, anhelantes por el triunfo de cuál aventaja á cuál; aullando, desgarrando como el tigre, avanzan como el fuego.

Dando lastimeros quejidos caen los árboles de la orilla entre las aguas del río, que indiferente sigue rugiendo de tumbo en tumbo. Tiembla el follaje y gime; despavorido el pájaro levanta el vuelo; ruedan de los nidos huevos y *pichones*. Ni para éstos hay misericordia : son aplastados ó boquean víctimas de los rayos del sol. Huye la culebra que duerme al abrigo de las hojas; dispara la zumbadora abeja dejando abandonado el panal, envuelto en hojarasca, que todos desprecian. El corvo calabozo hace trizas los velos y festones de florecidas trepadoras, de *popos* y de *chuscos*. Un tajo atierra al endeble arbusto cuando no queda oscilante prendido de las ramas de los que lo rodean. El acerado diente del hacha, á golpe seco y acompasado, ataca el tronco resistente del guamo

que, regando las blancas borlas de sus flores, se rinde sereno y majestuoso; el *guacamayo* dando al viento las hojas de fuego, que vuelan como las chispas de un incendio, cae junto al *guasco,* cuyo tronco fibroso se dobla como una rodilla desgarrada. Así como es derribada una hilera de naipes, van al suelo unos sobre otros crugiendo y quejándose con quejidos cuasi humanos los arbustos que han sido heridos por el pie, tapando con sus copas á los labriegos que se van quedando rezagados. Tocados éstos en su vanidad y aguijoneados por las burlas de sus compañeros, desguazan anhelantes por ganar la vanguardia. Los que se creen impotentes huyen perseguidos por la mofa. Detrás de la falange devastadora, la guerrilla de alegres muchachos asienta los brazos del rastrojo yacente.

Embriaga, confunde, aterra, pasma el rumor alado de las hojas que bailan la danza de la muerte; los olores penetrantes de selva desgarrada; aquel golpeteo de hachas y calabozos; aquel rugir del río; aquel crugir; aquel gritar; aquel desquebrajar; aquel desastillar; el eco que retumba en olas,

que ahora se alcanzan, ahora se atropellan, ahora se mezclan y se alejan hasta perderse en las entrañas de la selva.

Sólo se salva de aquel desastre el avispero que se pega á los troncos, así como se pega el barro á la cerbatana. Por temerle al aguijón envenenado de la avispa, cuidadosamente lo dejan escondido entre el follaje. Sálvanse también los esqueletos de los árboles secos, en cuyos desnudos brazos se posa triste el *gallinazo*. Ay del que se atreva á tocarles el tronco roñoso y blanco, que, cayéndose á pedazos cual los lazarinos, aplastarían sin piedad al osado que se les atreviese! Como las mujeres, los árboles secos vencen con la fuerza de su debilidad.

Jacinta, Inocencia, las mujeres que las acompañan, contemplan entusiasmadas, desde el patio de la casa, la soberbia tumba, cuyo corte dibuja un zig-zag. Pedro, á quien el corazón le dice que allí está ella, la del dulce mirar, redobla su ardor en el combate.

Contagiadas del entusiasmo de ellos y hablando todas á un tiempo, vuelven ellas á la cocina, donde cada cual

hace lo que le viene en talante: mondan el huevo de arracacha, raspándole el delicado pellejo; desnudan la yuca de la envoltura sucia y roñosa; al plátano verde de la suya, color de malaquita, que el maduro va á la olla, envuelto en la cáscara de oro; atizan éstas guardándole la ropa al humo que las enceguese, y soplan á dos manos con el pedazo de cuero; aquéllas azotan con el mecedor los nítidos copos que brota la olla de mazamorra, los cuales, derramándose en cascadas, escupen furiosos el fuego; ésas, en el vaivén de la molienda, convierten el hinchado grano de maíz en rizadas telas que caen desmayadas en la batea preparada para recibirlas; otras arman las arepas haciendo girar la masa entre las manos con graciosa facilidad; quiénes las ponen en el tiesto que al recibirlas gime; quiénes las entierran entre el rescoldo, cuyas ascuas al ser removidas por el tizón brillan con rojos fulgores; quiénes las raspan afanosas produciendo el *ris ras* que destempla los dientes. Hierven las ollas á borbotones. Abrasa el calor. Ahoga el humo. Lava Inocencia los haces de cucharas, los carros

de platos y de totumas en el chorro que canta un epitalamio. Cuando el olor denuncia que el cocido está en sazón, y la prueba del araño á carne y yuca lo confirma, empuña Jacinta el retorcido cacho de buey, lo lleva á la boca é irguiéndose á guisa de un corneta, rompe el aire con bramidos de toro enamorado. Aquel bramido que pone miedo en el corazón del tigre, lleva á los estómagos de los rozadores la alegría de la vida. Oyese el resollar silbado que llama el descanso. Pasa encorvado el índice por las frentes para botar el sudor que brota en perlas cristalinas, ó es enjugado con las faldas de la camisa. Sacan las lumbres: el golpe del eslabón contra el pedernal produce el chisporroteo, y el humo del tabaco se levanta en penachos que el viento deshace.

Engrosado el ejército con los que vinieron después, llevando siempre el arma consigo, que quien la deja en el trabajo es motejado de sinvergüenza, fumando y jadeantes invaden el corralejo. Allí, en el hoyo ofrecido por la casualidad, las mujeres rubicundas, los párpados escaldados por el mucho restregárselos, y todavía enjugándose

las lágrimas que les arrancó el humo, colocan las ollazas de sancocho y de mazamorra.

Acomódanse los labriegos como Dios les da á entender; los que no afilan el arma se sientan en ella ó la ponen debajo de las corvas. Es su compañera inseparable.

Ña Jova, siempre la Hebe de las fiestas de Jacinta, taloneando y fumando el cabo por dentro, escancia el verdoso anís en el vaso imperial. Andan de boca en boca el Napoleón y la de Montijo, haciendo las delicias de aquellos hombres, quienes al decir del poeta

"Llevan el hierro en la mano
Porque en el cuello les pesa."

Los vapores que despiden las ollas, el tufo de los trabajadores, el revolotear de las faldas, todo mezclado, aislado ó confundido, llena el ambiente de olores indescriptibles.

—Caray ! hasta me cantan las tripas—exclama Angel saboreando el trago.

Ríen los que le oyen, y otro añade:

—Hombre ! si es que nian pica.

Pedro en vez de tomar el suyo, se

lo ofrece al vecino quien lo acepta y lo apura de una tragada, como si no hubiese acabado de apurar otro.

Inocencia que va y viene agobiada con los carros de la vajilla de madera, es siempre perseguida por las miradas de gato de Pedro, el sin ventura.

—¡ Madre mía de Balvaneda! pero estarán trozaos de necesidá—exclama Jacinta.

—Siempre algo, mana Jacinta—responden algunos con displicencia.

—Tanté cuando yá es media noche, queridos—añade ña Jova mirando al sol.

—De noche comadre—replica Jacinta toda atafagada.—Vea la sombra del aguacate onde va yá. Si parecemos negras sinvergüenzas. Tanta saya en la cocina, y ver las horas que son.

—No m'hija, si eso es pa pior—replica otra—se emboba uno viendo tanta mujer. A yo se me pone la cabeza que haga cuenta un calabazo, y no salgo con nada.

—Callá la boca Joaquina, si esto ni pa vergüenzas; y eso quel cuchino estaba que se rajaba de gordo. Pero es que uno es tan montañero, que no

sabe guisar ni hacer nada que sirva.

Sentada en cuclillas, las faldas recogidas en las corvas, cubierta la cabeza con pañuelo rabo de gallo anudado en la barba, armada del cucharón de totuma, sirve Jacinta en cada plato de la olla que se deshace en vapores, el pedazo de carne y el pedazo de hueso de aquel cochino que se rajaba de gordo, y la yuca cubierta como de barniz crema, reventada en grietas, y los plátanos verdes medio amoratados, y los maduros descoloridos, y la amarilla arracacha medio deshecha, y aquel caldo blanquecino donde nadan, cual pétalos de cristal, millares de ojos de manteca. Al plato de Angel caen por casualidad la costilla carnuda, de blanco cartílago, y el solomillo tierno como pechuga de gallina.

Afanosas reparten las mujeres aquellos platazos humeantes, las doradas arepas, las totumadas de espesa mazamorra y unas rajas de natilla temblantes y terrosas, con lunares de anís.

Oyese el sorber del caldo que muchos toman en el borde del plato; el desquebrajar de la tostada arepa; el chupar del tuétano; el traquear del

cartílago; el triturar del hueso, que escupen en bagazo; el masticar sonante como el del cerdo. Cuáles sumergen en el caliente caldo el índice y el pulgar encorvados como garfios rematados en negras uñas, pero no pudiendo resistir el calor sueltan la presa, renegando y chupándose los dedos; cuáles hablan y ríen con la boca llena ó se rascan los oídos y las piernas. El índice desatasca los carrillos, y las faldas de la camisa sirven de servilleta para limpiar manos, bigotes y hocicos.

Los perros, de tallados costillares, no despintan los ojos de sus amos, aparan en el aire las migajas de arepa ó la piltrafa, y afanosos, recogen los bagazos que botan las bocas, ó roen los huesos, gruñendo vigilantes.

Señalándolos observa Angel con su festividad genial:

—En cas d'estos maiceros no se aguantará hambre, porque ellos se la aguantan toda.

Y haciendo coro á las risas, y piruetas en el patio, palmoteándose hígado y bazo añade:

—Arriba barriguita que ya estás llena.

—A busté, hermano, si Dios no lo remedea se le va á regar la cólera por todo el cuerpo con toda esa brincha que se atracó.

—No sea pen.... Lo que se me va á regar son las ganas de tumbar toíto ese monte q'está allá negriando—contesta satisfecho el interpelado, mirando á Jacinta, que está fija en él, sonriente y complacida.

—Agora lo veremos con el perro que da el trago.

—Dejen que venga ese langaruto pa que vean....

—Hupa muchachos! á pagar el almuerzo—mandan los capataces.

—Arriba!

—Arriba, pues, pa que vean quiénes semos los animeños!

—Y los del Río abajo!

—Y nosotros los deSanbuenaventura!

—

Tornan la algazara, el golpeteo, aquel ruido infernal.

Hay un momento en que parece decaer el entusiasmo, aquel en que los rayos del sol se derraman perpendicularmente sobre los lidiadores.

—Que los muerde el perro, muchachos—grita el mano Cleto.

—San Pablo !

—Aquí no hay más perros que esos langarutos—añade uno señalando los perros.

—Y el de mano Perucho—replica Angel.

—Tu abuela gran ca.. Vamos á ver cuál se colea primero.

—Echele hermano, que tuavía no ha nacido el que me coja á yo la delantera.

—Una onza al ojinegro—gritan por allá.

—Case, compadre–gritan por aquí.

—Veinte patacones al azafrán.

Sin parar mientes en los azuzadores, los dos jayanes levantan el calabozo cuyos fulgores encandilan, y dando cada pujido como si se les quisiesen volver los cuajos, cerrando los ojos y contrayendo los músculos de la cara, avanzan desesperados.

Está la riña en su fina, cuando aparecen las mujeres con calabazos de agua, ollas de horchata y bateas con rajas de panela y quesito.

—El refresco pa que boten el pe-

rro—dice Jacinta muy zalamera, acercándose á Angel.

Este, por atenderle, se detiene, mientras que el otro sin parar, aunque atisba á Inocencia con el rabo del ojo, avanza un buen trecho.

—Yá me colió este ca..

—Gallo carroña.

—Gallo corrido—se oye por todas partes.

—Mana Jacinta tiene la culpa, pero dejen y verán quién es el hijo de mi madre! Y apurando á las tragadas la totuma de horchata, donde nadan clavos de especia, que sonriente le presenta la gallarda viuda, Angel, pasándose la lengua por la palma de la mano, torna ansioso á la lucha. Su buena estrella le presenta un nido de camargos, que derriba en un volver de cabeza, en tanto que Pedro, encendido como una ascua y anegado en sudor, se las ha con otro de chaparros de fibra resistente.

Un hurra anuncia que el ojinegro se ha puesto al lado de su contendor.

No hay tregua, no hay respiro. Locos los dos rivales gruñen, rugen, desgarran, poniendo en juego todo el cuerpo, toda el alma. En vano, que á

las cuatro de la tarde de aquel día de fuego, los orilleros saludándose en la parte alta del rastrojo, ponen punto final á la obra.

La riña queda indecisa.

—Hastay gallos !

—Hastay me acuerdo !

—Eso sí es tener punto !

—Con piones d'esta laya me reía yo del hambre.

Orondo y satisfecho, Angel, de pie sobre un tronco de palo, y mirando á Pedro, declama :

"Soy la navaja barbera,
Soy la lanceta sutil,
Yo soy la más dura muela,
Soy el principio sin fin."

—Andá á la.. gran ca..—vocifera Pedro, mostrando los puños y relampagueante de furor el ojo de animal felino.

En Waterloo no retumbó la palabra de Cambronne con más vehemencia que en Bellavista. Aquí, por fortuna, la ahogaron los gritos de "echala Angel", "échela hermanito", "esa sí es la décima pa bien caliente."

Agitado y paseando la mirada de fuego por la multitud, continúa el mozo :

Yo soy acero colao,
Yo soy del color del cobre,
Yo soy el hijo del hombre,
El del güeso colorao;
Del guayacán más curao,
De la más fina madera;
Yo soy la espada guerrera,
La que al sereno blanquea;
Yo soy un mar de veneno,
Soy morro de peña fina,
Yo soy la más dura mina,
Yo soy el rayo sin trueno,
Soy el hombre varonil;
Yo soy cargado fusil
Con la pólvora más fuerte,
Soy hermano de la muerte,
Soy la lanceta sutil.
Yo soy el que jiede á cacho..

—Yo soy el que jiede á cacho—repite como concentrándose en sí mismo—Yo soy el que jiede á cacho. . .

—Se me jué, se me jué—grita levantando al aire el sombrero, brincando regocijado y mezclándose con sus compañeros que lamentan no acabar de oir la décima que les fascina.

La mirada, la palidez, el temblor, denuncian que el odio y los celos, el amor y la duda bullen en el alma de Pedro, así como el fuego en las entra-

ñas de la tierra. Si no se lanzó sobre Angel y le estranguló, fué porque allá en la casa que se adivina escondida entre los árboles, estaba ella, Inocencia, esa Inocencia por quien diera la vida. La décima que Angel declamó tan orondo fué para el enamorado Pedro un desafío, el desafío que enajena, que enardece, el desafío del rival triunfante en achaques de amor. En lo del trabajo, Pedro tenía la conciencia de su valer. Angel sabía—Pedro estaba de ello convencido—que él amaba á Inocencia, y Angel la amaba también. ¿Cómo dudarlo? Y de no, ¿á qué ese ir á la casa de Jacinta? ¿Por qué tanto alardear de músico y de cantor, de bailarín y de cuentista? Cuando pereciera, cuando le mataran, cuando le cargaran la cadena del presidiario, sin la niña de dulce mirar, cuyo solo recuerdo bastaba á domarle los ímpetus de hiena, Pedro en ese instante hubiera ahogado furioso entre sus brazos de hierro al hombre que él tenía por su rival vencedor.

Cantando, silbando, contándose las aventuras del día, regresaron todos á la casa, donde les esperaba el banquete del triunfo: unos frísoles con unas

lonjas de tocino que decían: "comedme".

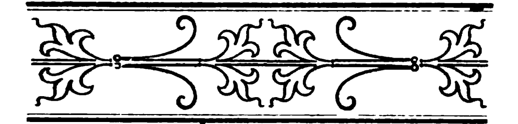
A Jacinta se le chorrea la baba oyendo contar las peripecias de la riña, á la que ella no pudo ver el fin, de la riña en que el desamparado hijo de su amiga, la difunta Clara, tan delgaducho y mozo, no se dejó echar la pata adelante de un atleta como Pedro. Ella lamentó la huida de los dos que tomaron las de Villadiego, avergonzados por no haber podido salir avantes de entre el follaje que les echaron encima.

—Tanté, comadre—le dijo al oirla el capataz Rafael—que el uno es hijo del dijunto Juan—uno que por mal nombre lo oía yo mentar puay Juan pleitos—y el otro es hijo de Agapito Ruiz, uno de puallá de la Candelaria; á cuál más puntoso, comadre, no diga nada. No había ni bamba que se quedaran. Piones de esa laya no tienen la pechuga de ir á los convites á comer no más.

Cosa de ensueño le parecían á Jacinta los anuncios de los entendidos, que le pronosticaban cien cargas de maíz y no pocas de frísoles, pues el rastrojo era una maravilla.

—Dios se los pague á todos—repetía sonriente y satisfecha, yendo de unos á otros.

Allá, sobre las montañas del poniente, para decorar un templo medioeval, los cuajados nubarrones fingen alimañas y seres caprichosos, que agrupados velan la puesta del sol. Ese sol, que abrasaba como el fuego, moribundo ahora, con sus rayos amarillos de cirio mortecino, esmalta la melena de un gigante, el perfil de una esfinge, las fauces del dragón que se lanza sobre la mujer de revuelta cabellera. La luna—una hoz de oro en fondo lila—se esconde, se asoma, se deja adivinar tras la nube gris que flota hecha añicos. Acá abajo empiezan las sombras á tender velos de luto en gargantas y hondonadas. La selva, que despertó esa mañana empapada de rocío y que tembló rumorosa al recibir el beso tibio del día, yace sobre la falda descolorida y marchita. Pasa por sobre ella el viento mudo; gime la brisa en el bosque vecino; la tórtola, que salta en la enramada, le canta una elegía, y el río sigue rodando indiferente.



IX

Los que al jaleo prefieren las fruiciones de la familia, despidiéndose con el "Dios se lo pague" de ritual, reciben envueltas en hojas de plátano las rajas de natilla con que Jacinta regala, siguiendo la añeja costumbre, á las mujeres de sus convidados.

Visten los otros la muda dominguera por ahí detrás de la casa, detrás de los vallados ó en el platanar. Templan los músicos las bandurrias y cantan á media voz.

Por temerle al Sr. Cura, con quien tiene tantas migas, á quien respeta y quiere como á cosa santa, el cual no se cansa de predicar contra "esos abra-

cijos del demonio", tiembla Jacinta con sólo pensar en el baile. Así se lo dice á Angel, á las mujeres y comadres que le hacen corro. Pero, ¿ cómo despedir con un pie adelante y otro atrás á las gentes que le han hecho el bien de "echarle la rocita", esa roza que le daría por lo perdido cien cargas de maíz, cosa que en su vida soñó ella, con cuyo precio no tan sólo pagaría las deudas sagradas y las profanas, que repondría el perol, la *olleta* de cobre y los zarcillos de oro para echar á paseo esos falsos que le enconaban las orejas. Pero como Jacinta no era mujer de ahogarse en una pucha de agua, salió del paso dando su consentimiento para el baile, mas con la expresa condición de que sólo se bailara vueltas: nada de "abracijos del demonio", nada de *guabina*, nada de *monos*.

Cuatro velas de sebo prendidas en las roñosas paredes con agujas de enjalmar, y dos mechas de cera negra que con sus espirales de trapo blanco parecían culebras, alumbraban la sala donde cinco meses antes fué velado el "querido".

Así como John Bull, el caballeroso, hasta en la misma Cámara, el montañés de estas sierras conserva su sombrero en los salones, lo mismo que el carriel y la ruana. Jacinta, que fué siempre amiga de traerse bien, al revés de las grandes damas, deslumbra á sus convidadas con el traje de lanilla, color sotana de obispo, lleno de ringorrangos, con su esponje sonante como un enjambre, y con su festoneada pañoleta de seda. Los wasintones chirriantes como chicharras en que ella solía echarse por esas calles en la Semana Santa ó en las fiestas del Santo titular, padeciendo el tormento del borceguí, se escaparon en esta vez por hallarse en el pueblo con todo y medias.

En un extremo del salón, los músicos en pie rompen con el gallinazo, ese aire sencillo como el pueblo y alegre como el placer; el gallinazo, que en las veladas del vivac distrae al antioqueño del recuerdo de la novia que quizá le ha olvidado, de la madre que le llora y que le espera, del hogar donde la miseria ha sentado sus reales.

Llena el aire esta copla que más parece melopea que canto.

Olé mi gallinacito
Onde está mi Soledá,
Olé mi gallinacito
Onde está, dónde estará."

Instintivamente zapatean los hombres frotándose las manos de contento. A las mujeres, entre hormigueos que las obliga á moverse nerviosas y á pellizcarse los molledos, se les vuelve la carne de gallina.

—Salí Angel con mana Jacinta, no seas ca....—le dicen á éste algunos viéndole bailar solo en un rincón.

Imposible resistir á aquellas vihuelas que hablan y á aquellos cantores que á dúo y á todo pulmón entonan:

El gallinazo y el gual
Se pusieron á apostar,
El gallinazo á las cumbres,
El gual á remoliniar.
Chupá maldito
Chupá condenao....Ay!....
Yo te vide persinar,
Mis ojos fueron testigos....
¡Quién te pudiera besar
Onde dijiste enemigos!

Vibrantes los nervios, la sangre en combustión precipitada en las arterias, salta el mozo echando al aire el sombrero de caña, al hombro el canto de la ruana, atrás el carriel y, dándose con la barba en la ollita en son de cortesía, se le cuadra delante á Jacinta que se levanta emocionada arreglándose las faldas. Gira él por la derecha, ella por la izquierda, describiendo ambos un número ocho. Pasea él la mirada chispeante; ella, la siniestra en la robusta cintura, la cabeza inclinada á un lado, baila serena. Aplauden los circunstantes que se agolpan formando un redondel. Ella y él llevando el compás de las vibrantes vihuelas, van, vienen, se evitan y se persiguen.

Resuenan gritos de entusiasmo.

Parándose Angel en frente de la dama zapatea como si pisase sobre brasas; ella clavando en él la negra pupila con tal fuerza que el iris parece salírsele de la córnea, álzase la saya dejando al desnudo el pie curtido y redondo, que sale del nítido copo de las susurrantes enaguas, y se dirige á él á paso repicado, halagadora y cadenciosa.

—Arriba hermanito con esos aguacates!

—Hastay pa meniase como mana Jacinta!

Enervado saca Angel el caramillo, y á la par que baila, ahora andando á las calladas cual gato en cacería, ahora á los saltos como el gallinazo, acompaña con los dulces sones del rústico instrumentillo las vihuelas que zumban enloquecidas. Dirígese el mozo á Jacinta, ella sonriente y contoneada va á su encuentro....Ya llegan, ya se tocan, cuando ella, la muy coquetona, poniéndose las manos en las caderas, da un revoloteo y retrocede ufana.

—¡Esta Jacinta sí es capaz de resucitar un dijunto!—exclama el vejete Cleto, saltando y dándose con el sombrero en las piernas.

—Arriba el capador! Viva la pareja! Viva!—se oye por todas partes.

Cantan los músicos:

Gallinacito
Vení vení
Por el tasajo
Que tengo aquí.

Nerviosa se arranca Jacinta la pañoleta, y levantándola y batiéndola en el aire se la presenta á Angel cual si fuese el tasajo de la copla. Engolosinado, jadeante y empapado en sudor, salta el mozo en pos de Jacinta. Atrayéndole con sus desdenes, á paso menudo, con aquel vaivén revoloteado y presentándole siempre la pañoleta, avanza ella ó se le escapa, acariciándole, fascinándole con aquella mirada de serpiente tentadora.

"Gallinacito
Vení comé
Pata con tripa
Que te compré"

cantan allá al son de las rasgadas vihuelas.

Deja Jacinta el juego del pañuelo, y alzándose con entreambas manos, anhelante, fuera de sí, zapatea como Angel, salta como Angel, hace las piruetas que hace Angel. El, ligero y elástico, corre á ella; ella, girando sobre sí misma, cambia de lugar, airosa, esquiva ó atrevida; él, ansioso y satisfecho, la persigue. Ella, describiendo círculos ó anchas curvas, le busca, se le acerca, retrocede, huye.

—Valientes palomos!—vocifera el público regocijado.

—Caray, hasta currucutean—grita el mano Cleto, rojo como un ají.

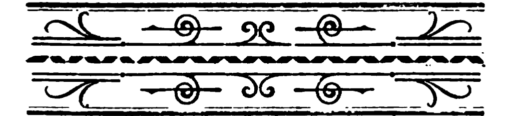
Inocencia, electrizada, sigue á la pareja en sus vueltas y revueltas con la boca entreabierta.

Sólo cuando una nueva aparece en el puesto, se retiran Angel y Jacinta, cada uno por su lado, agitados y enjugándose el sudor.

Las parejas se suceden, pero ninguna como aquélla satisface al público. Aclamados á cada paso tienen de salir Angel y Jacinta; él alegre y radiante de felicidad; ella satisfecha de ver que es la única mujer del baile digna del festivo mozo.

—La va á matar el Padrecito, m'hijita de mi vida–le dice la viejecilla Jova á Jacinta, palmeándola en las espaldas.—Tanté él que no se cansa de echar contra los bailarines, comadrita de mi vida.

—Y que sí, comadre—contesta Jacinta, agachándose y pasando por la cara el ruedo de la saya—me va á calentar, pero que es bien calentada. ¡Qué haré yo pa confesame! ¡Madre mía de Balvaneda, socorreme!



X

El convite y el jaleo obraron en la niña como benéfico cordial. Yá no era la medrosa imagen del muerto lo que embargaba su inocente imaginación, que la del travieso montañés, ahora tocando el dulce caramillo, ahora bailando ágil y esbelto al són de las zumbadoras vihuelas, cuándo silbando como un pájaro, cuándo declamando la décima de pie forzado borraba esotra que la traía amilanada y enferma. En sus largas noches de insomnio no veía yá en la sala aquel cuerpo en medio de temblorosas luces, con aquellos alpargates, aquella toca, aquellos bodoques de algodón:

veía á Angel, á Jacinta que, aplaudidos y envidiados, de fuego la mirada y abrillantados por el sudor, van, vienen, se buscan y huyen. Angel, nada más que Angel, vino á ocupar su pensamiento; si la asaltaba el miedo, como evocada por un conjuro, la imagen de Angel se le aparecía para acompañarla.

Una mañana en que cascaba el maíz para la mazamorra, las llamas del hogar se agitaron rumorosas.

— Hoy viene Angel—exclama Jacinta, que tampoco las tenía todas consigo—ta zumbando la candela.

Palidece la niña y le palpita el corazón. Afanosa da fin á su tarea, y sin acordarse del padre, vuela á la sala, y tomando un peine de cuerno se va al chorro. Sentada en cuclillas á la sombra del naranjo, con una totuma por aljofaina, sin el auxilio de su madre, porque yá no quiere esa *talanquera*—el trenzado que le rodea la frente como un seto—mirándose por partes en el espejillo que tiene sobre las rodillas, pasa con fuerza y gesticulando, el peine empapado por los cabellos, borrando las ondas de dorados reflejos; se hace el tocado de dos

trenzas, pero tan apretadas que se arquean, y las une en los extremos con hebra de lana verde. Lávase á los restregones cara, brazos y pies; adórnase con la *balaca* azul y viste el traje de zaraza rosada, yá descolorido. Ahorca la montera, porque quiere aparecer bella.

Atisba y más atisba por el camino, se lo pasó la niña todo el día de Dios, cuidando de no descomponer sus pobres arreos, y lavándose los pies á cada vuelta que daba, pues quería tenerlos como unas platas. El corazoncito le saltaba al oir el latir del perro ó los ruidos causados por el viento.

Por la tarde, cuando más empecinadas se hallaban las dos mujeres pilando el mundo de maíz para el pandequeso, y cuando Inocencia yá desesperaba de que fuese cierto el anuncio de las murmuradoras lenguas del fogón, pasito á paso se les apareció el deseado, pidiéndoles aguinaldo por "mi señora de Belén".

—Nos arropó, pero que fué bien arropadas—dice Jacinta resollando gordo, y levantándose con el reverzo de la mano, salpicada de afrecho, las greñas que le caían sobre la frente.

Y agregó, mirando al perro con fingido enojo:

—Pa eso q'ese langaruto ni an late cuando usté viene. Yá lo conoce.

—Yá ve, pues, que me convenía. Manque sea en una florecita se lo recibo. Lo que uno agradece es la buéna voluntá.

—Mas que sea chiquitico, cuente con él, Angel. Muy mala seré—continúa enjugándose el sudor con el pañoso delantal,—pero yo no tengo corazón pa despreciar al que pide por "mi Señora de Belén".

—Echele, pues, agüita, pa que no se seque ; y usté hermana, también, agregó el mozo sonriendo, dirigiéndose á la niña—pues las cogí lo mesmo que el gato al ratón.

—Será—contestó la niña con voz ahogada, mirando al suelo.

—A él sí le mandás, replicó Jacinta sonriendo.

Por respuesta, Inocencia levantó los hombros y haciendo una graciosa mueca con los labios, se puso á arrancar con las uñas, el corazón á los granos de maíz. Pero Jacinta, que no había alcanzado á vislumbrar la naciente pasión de su hija, con el mayor

candor le sirvió de lengua para contar que Pedro también las había cogido descuidadas; que la muchacha se había denegado á mandarle el aguinaldo, alegando que no tenía con qué pagárselo; que al fin, por consejo de la misma Jacinta, lo habían echado á las pajitas, y que la suerte le había sido favorable á la niña.

— Preste, mana Jacinta, yo doy unas manitos con Inocencia—dijo Angel arrebatándole á aquella la mano de pilón y dándose á la obra.

La niña encendida, agachada y mordiéndose el labio inferior, daba palos de ciego.

—Usté parece, hermana, que no hubiera comido hoy en todo el día—exclamó Angel, quitándole la mano á Inocencia y pujando como mula cargada, pilaba afanoso á dos manos.

Con su genial desparpajo, Jacinta le hacía bailar el agua por delante al mozo. Llegó hasta obligarle á que durmiese en la casa, para que madrugara á sembrarle la roza; porque él, á quien Dios le había dado gracia para todo, debía tener muy buena mano. Jacinta le puso al tanto de cómo las señoras "del *Sitio*" se disputaban á la

rebatiña el pandequeso, las hojaldres y el chocolate que ella vendía. Todo porque sabían que Jacinta era el aseo en persona, no como otras que le mezclan hígado de res al cacao, y que hacen los tabacos—la comadre Jova entre ellas—"no le digo", añade haciendo un aspaviento de asco "no le digo en qué, Angel, porque me ocupa la vergüenza." Incansable en su autobiografía, Jacinta contó que ella trabajaba siempre para mantener dinero con qué comprar lo que le diese su real gana; que jamás le faltó el marrano en el chiquero para aprovechar los desperdicios; que si se dió el gusto de andarse por esos trigos amazona en el *amarillo*, fué porque ella echó las entrañas trabajando para hacerse al rocín; que á no haber sido tan ahorrativa y económica, el *difunto* (yá no fué el *querido*) no se hubiera hecho á la casucha del pueblo para tener dónde hospedarse sin molestar á nadie, ni hubiera acrecido el pegugal con el lote que demora al otro lado del río, allá donde se hallaba la roza; que ella no era mujer de ver una necesidad sin remediarla. Cómo nó, si el rico avariento—Jacin-

ta se lo había oído predicar al Cura—se hallaba en los profundos, perecido de sed, en tanto que los pobres que echó de sí en hora mala, se hallaban en el Cielo, hartos de pan y gloria. Pues eso de atesorar, amén de polilla para el alma, era la mayor de las bobadas, "porque luego de uno muerto, sólo le queda lo que se comió y lo que se vistió."

—Usté es güerfano, Angel, asina como nosotras—continúa Jacinta enternecida—pero yo tan siquiera soy mujer, mientras que usté no tiene madre ni una compañera que le lave los trapos, ni quién le pegue un remiendo, ni quién le tuerza un tabaco. Bien pueda—le dijo muy halagadora—traerme las mechas pa yo llevárselas á la quebrada y fruncírselas como mi Dios me ayude, y el tabaco pa hacérselo. Yo no tengo tripas de verlo rodando puay. A ratos me acuerdo q'es el hijo de Clara [mis palabras no la ofendan], y me parece que ella viene y me dice que me acuerde de su hijo.

Halagado por el pico de la serrana, de quien todos se hacían lenguas, y agradecido de sus generosas ofer-

tas; envanecido, además, de verse tratado á cuerpo de rey—él que no tenía puerto dónde arrimar—no como se estila tratar á los jornaleros, sino como lo era el padrino en la hacienda, pues de ningún peón sabía Angel que tuviese chocolate al desayuno y á la merienda, como lo tenía él, ni ración de carne á almuerzo y comida, ni panela con queso fresco á medio día, que onces no se les da á los jornaleros. Todo ello fué parte para que Angel sembrara la roza con todas las reglas, y trabajase por cuatro buenos peones.

—

Holgábase la dama viéndole afanoso, y como estaba en ella el no permitir que nadie le fuese en zaga, atrapó la ocasión que le presentó lo del aguinaldo, para probarle al mancebo que le había hinchado el ojo.

Fuese á la amasadora de Sanisidro, que era muy su compinche y amiga, y le hizo el encargo de una rosca nunca vista.

Más que golosina, corona de rico mausoleo era lo que parecía la rosca aquélla, en que la tal amasadora, que

se pintaba sola para hacer filigranas y pajaritos de masa de trigo, puso todos los cinco sentidos: una trenza escamada sobre la cual anidaban cuatro palomas con el pico quemado, unidas por flexible lazo que se extendía por todas partes, formando ondas y garabatos.

Con asperjes de pétalos de rosa, envuelta en papel de seda y en floreado pañuelo, se la presentó al mozo la generosa dama, diciéndole:

—Perdone la poquedá, Angel, pues yá usté sabe que con la falta de unos calzones en la casa, aunque echo la giel trabajando como la mula que se mató, me encuentro destapando un portillo pa tapar otro.

Inocencia, temblando ruborosa y sin decir palabra, le tendió la mano al guapo montañés con un envoltorio de papel de periódico, dentro del cual había una hojaldre que de los huevos de su propia gallina batió ella cariñosa, perfumada con las blancas florecillas de aroma que la adornaban.

Contemplando la gran rosca, exclamó el mozo:

—Con éstos ajusto dos docenas. ¡Si es que soy más de suerte!

—Y el mío será el pior—replicó Jacinta, picada—y, dando un revoloteo, se dirigió á la puerta como para salir, diciendo:

—Al que le pagan por docenas los aguinaldos hay va, el pobre diuno....!

Angel, sin percatarse de que había herido á la dama, replicó con la mayor naturalidad del mundo.

—Pero tanté que todo son carajaitas.

Calmada Jacinta se vuelve á él, diciéndole:

—Usté bien hace en apreciar más los aguinaldos de las mozas bonitas que lo quieren, q'el de una vieja.

—Tanté yo, mana Jacinta, qué moza me va á querer—contestó Angel mostrando el carriel y tocándose el sombrero—sin tener tan siquiera una chácara de nutria y una gorra aguadeña.

El rostro de Jacinta se iluminó de alegría y con voz temblorosa le dijo:

—En esto me gana á yo con que comprar lo que quiera, pues ya sabe que esta semana tiene que ir á arrimarme unos palos de leña y á taparme la güerta, que se están colando los animales. No tenga pensión, An-

gel, por su jornal, que tuavía tengo créditos y qué quemar. Yá hay quien me quiera comprar el maicito adelantao. Pero no se aprovecharán los logreros de yo, mientras mi Dios me tenga con vida y salú.

—Por yo no se apure, mana Jacinta, que yo á usté no le trabajo por interés; pues muy probe estoy, pero no soy ningún descastao, mal agradecido.

Inocencia, al oir el reclamo de su madre, la mira dulce y sonriente, como para darle gracias, y volviéndose cautelosa á Angel, le contempla á su sabor, porque el mozo, sin hacer caso de la niña, habla de largo y tendido con la insinuante Jacinta. Que entre la madre tan oronda, tan desenfadada y dadivosa, y la hija de belleza tan distinguida, tan tímida, tan dulce, tan virginal, aquélla le fascinaba y le atraía; á ésta, que tiembla é inclina ruborosa la cabeza cuando Angel le habla ó la mira con la fulgurante mirada de los negros ojos; que sueña con él, cuyo silvo es para la niña más dulce que el gorjeo del *cucarachero*; á la candorosa niña, que le rendía el culto respetuoso y delicado que el sér

ignorante y débil rinde á la inteligencia, á la fuerza y al saber, Angel no la tenía en nada.

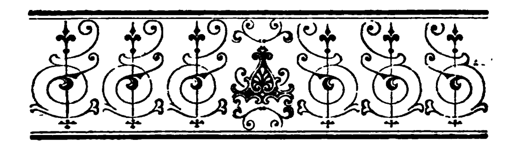
Huérfano á la edad de dos años; llevado á casa de los padrinos—personas de fuste en Sanisidro—quienes le recogieron, no á impulsos de la sangre, ni porque quisiesen tenerle en lugar del hijo que el Cielo les negara, que á fuer de antioqueños de añeja cepa, cada año había bautizo en casa de don Emeterio, sino en cumplimiento del deber que como cristianos viejos contrajeron en la pila bautismal. El deber carece de los entusiasmos y efusiones de la pasión, es frío. Por eso el hijo de la difunta Clara, cuya negra suerte conmovía las entrañas de Jacinta, no había sabido de ternuras ni de caricias. En su niñez, es verdad, se confundía en los juegos con los hijos de los padrinos, aprendía con ellos la doctrina; con ellos rezaba á mañana y tarde el bendito y el padrenuestro; en pos de ellos iba á recibir la bendición para acostarse. Pero mientras los niños de la casa comían en la mesa con sus padres, Angel yantaba en la cocina con la servidumbre; mientras aquéllos dor-

mían de á dos y de á tres, en limpias y blandas camas, abrigados con una misma cobija inglesa, él dormía en estera de hoja de plátano, tendida al pie de la cama de los señores, cobijado con manta "del reino"; mientras los hijos llamaban á éstos papá y mamá, dándoles el tratamiento de usted, él les llamaba mi padrino y mi madrina y les trataba de "su mercé"; mientras los hijos concurrían á la escuela, él aprendía á leer en aquel catón tan sucio y descuadernado, allá en la hacienda, bajo la dirección del padrino, pedagogo de la patria boba y partidario por tanto del principio: "La letra con sangre entra." Angel no se reclinó jamás en el regazo de su madrina, ni se durmió al arrullo de dulces caricias, ni retozó en las rodillas del padrino, ni recibió apasionados besos. Oía—y el oírlo le causaba cierto escozor—que cuando preguntaban quién era, respondían que un agregadito huérfano.

Por eso, cuando huérfano por segunda vez, se vió objeto de los cuidados de la viuda, tratado, no como el agregadito, sino como el señor, la gratitud candorosa y la vani-

dad femenil, tan naturales en los corazones de diez y ocho años, le arrastraban á una hacia Jacinta. Jacinta había sido la única persona que le había hablado de su madre, haciéndole sentir su falta y amar su memoria; la única que se dolía de su orfandad, y que, ajena á todo interés, con sus mimos y halagos le hacía grata la vida.





XI

Difícil, si no imposible, era para Angel retornar, como es ley, las dos docenas de aguinaldos con que le habían regalado las bellas campesinas de Sanisidro; que se hallaba en achaque de pecunia, al decir de él mismo, "como Dios hizo á Perico". Se le volvía cuesta arriba no retornar el de Jacinta, ya por haber sido el mejor, como por venir de manos de la rumbosa hembra. Salió de casa derecho al mercado, devanándose los sesos para dar con el medio de realizar tan legítimo deseo. Acercábase al uno y al otro conocido, á éste y á aquél amigo, con la firme resolución de pe-

dir en mutuo un peso de ocho décimos. Pero, asaltándole la idea de una negativa, en el momento de abrir los labios para formular su demanda, sentía la turbación de la vergüenza y se despedía maldiciendo de su insensata cortedad. Se le clava entre ceja y ceja la imagen del Sr. Cura. Era el Sr. Cura proclamado por tan bueno y caritativo. A Angel mismo, cuando le topaba por ahí, solía el sacerdote saludarle sonriente, llamándole hijo. Animándose con tales pensamientos, llegó el mozo á la casa del sacerdote, el cual, paseándose en los corredores, de gorro con borla y un libro en las manos, rezaba á media voz. Reverente, quitándose el sombrero, dobla Angel una rodilla para saludar diciendo: "Sacramento del altar, padre". Con un ademán le indica éste que espere. A poco, cerrando el libro, el sacerdote se santigua y, risueño, saluda al visitante tendiéndole la descarnada mano, que el labriego apenas toca. Tan jovial recibimiento da ánimo al cuitado, que formula su petición con reticencias y miradas extraviadas, alegando, por razón, que debe un peso y que le han amenazado con demanda.

si no lo paga ese día. Sacando el sacerdote de la vieja bolsa, de seda verde con anillos de plata, dos monedas de á cuarenta centavos, horadadas por más señas, se las entrega á Angel, encargándole que sea trabajador y honrado.

Era de no reconocer al gallardo y festivo campesino, alma de las fiestas de Jacinta, en el que se anda ahora por el mercado, de tienda en tienda y de mercachifle en mercachifle, la gorra metida hasta las orejas, la boca abierta como un idiota, agachado y con las manos entre los bolsillos. Párase á la vera del clásico tendido del *Canijas;* pasea la mirada por aquella balumba de flores y de frutas, de llaves y de corazones de azúcar pintarrajado; deslúmbranle con sus trémulos reflejos los cartones de joyas y joyeles, que á leguas se dejan ver el cobre. Pero ni eso, ni los pañuelos de copla erótica, ni los trasparentes jabones que trascienden á canela, ni los espejillos de amarillo marco, ni el *pachulí* contenido en animalejos de vidrio—toda la fauna fantástica y verdadera—á dos reales cada animal, nada le pareció digno de la amable viuda. Llámale la atención

una buhonera que muestra á un grupo de montañeses alelados un nacimiento de bulto dentro de torreada urna. Aquéllo sí estaba hecho como de encargo.... "pero, seis patacones!"

Apártase de allí llevando en la cabeza aquel buey, aquella mula que calientan con el vaho á la criatura que duerme abrazada á una alcarraza en forma de corazón, diciéndose Angel para su sayo: "¡Ah malaya seis patacones!" En fin, que se decidió por una tacita de porcelana, la cual, entre flores y ringorrangos, tenía esta inscripción en letra inglesa, dorada: *Te amo.* Dió cinco reales por la tacita, y medio real por dos bolas de cristal blanco, con espirales de vivos colores en el centro.

Estremeciéronse al recibir, Inocencia las bolas y Jacinta la taza. Jacinta se deshizo en elogios y se sacudió, como tocada de chispa eléctrica, cuando supo lo de la inscripción. "Te amo, te amo", repetía á media voz con la negra pupila clavada en la taza, cual si quisiese grabar en el fondo de su alma los dorados caracteres que no conocía.

Pedro, que como Jacinta, atrapó la ocasión por la melena, había regalado á la niña de sus pensamientos, en pago del aguinaldo que ella le ganó á la suerte, un pañuelo de seda azul —que siempre fué el azul el color de los enamorados—y una Concepción de Murillo, rodeada de aladas criaturas, tan dulce, tan virginal como la niña á quien él la destinaba: era una litografía de colores que se destacaba con sus ropas de crespones de verdad, salpicada de estrellitas de oro, al través de diáfano vidrio, con marco de carey en el fondo de un cielo pálido.

Dije tan cuco le trastornó el seso á la chica. Iba de unos á otros mostrándolo encantada y besándolo reverente. Cómo no! si era la Virgen, la Virgen á quien ella quería con toda el alma; y tan bella, que ni soñada. Envuelta en el mismo pañuelo guardó Inocencia la hermosa imagen en el fondo del baúl, formulando para sí el firme propósito de llevarla cuanto antes al Sr. Cura para que se la bendijese.

Al recibir las bolillas, que ña Jova declaró *piedras de rayo*, las empuñó; cruzó los brazos é inclinó temblorosa

la cabeza: eran tan bellas, tan raras, y la anciana, de cuyos labios brotó siempre para la niña la voz de la sabiduría, decía estar dotadas de virtudes maravillosas.... Ah ! pues si venían de manos de Angel, de Angel que la había curado del miedo, de Angel cuyos ojos negros titilaban lo mismo que las estrellas del cielo, cuando, bailando esbelto y sudoroso, tocaba aquel caramillo tan dulce; cuando, al són de las rasgueadas vihuelas, cantaba aquella copla, que, toda vez que la oía se le arrasaban los ojos en lágrimas:

Las estrellas en el cielo
Toditas tienen su nombre,
Una por una las llamo
Y ninguna me responde.

La inocente adivinaba en esa copla el lamento de una alma sola; pero esa alma no era la suya, era la de Angel, de cuya orfandad y padecer sabía ella. La mujer enamorada se niega á sí misma: por eso Inocencia no veía, no alcanzaba á vislumbrar siquiera la soledad de ese corazón, esa inmensa soledad del que ama sin ser amado.

Encantada, guardó en su cálido seno de virgen, las bolillas insignificantes, para ella de inestimable precio. De cuando en cuando, á hurtadillas, como si fuese pecado mortal, las sacaba, las contemplaba extática y las hacía girar en la palma de la mano, gozándose con la dulce caricia de su roce. Si alguno la sorprendía, sonrojábase hasta encenderse y, presurosa, tornaba á esconderlas en su caliente nido. Para dormir, las colocaba con cariño debajo de la almohada.

—

A lo princesa, ó sea por razón de estado—que rayaba yá en la edad de dársele—casaron sus padres á Jacinta con Lorenzo Pasos, que fué el elegido por ellos de entre los muchos aspirantes, por ser "hombre de posibles y de experiencia", pues llevaba á la muchacha la bicoca de veinte años y era dueño de una pequeña heredad. Una vez bajo la santa coyunda, Jacinta se dió á la vida de su madre y de las mujeres que trataba y conocía: madrugaba con el alba á hacerle el desayuno al marido, el cual, mientras ella se las ha-

bía con el fogón y la chocolatera, afilaba el arma en la piedra que le servía de mollejón; le llevaba al trabajo la comida y el almuerzo en la ollita de asa de bejuco tapada con hoja de plátano; comían en un mismo plato, bocado el uno y bocado el otro, sentados sobre la yerba; cuidaba de la casa y de los animales de corral.

Era feliz: su existencia se deslizaba tranquila entre el trabajo, que le daba para sus caprichos—caprichos de campesina—y el cumplimiento de "los deberes de obligación" que ella decía. La ignorancia, el respeto y sumisión á su marido, con la soledad ocupada de la vida del campo, la ponían á salvo de los tres enemigos del alma: el Mundo, el Demonio y la Carne. Dijéronle una vez que una esposa amaba y era amada fuera del matrimonio, y con la mayor naturalidad del mundo replicó: "Eh! y estará pensando esa boba que el cura la va á casar, teniendo hay su obligación?"

Si algún Mañara, de pacotilla por su puesto, que de otros no los había en Sanisidro, le soltaba al paso un "adiós prenda", con desenfado, capaz de po-

ner á raya al más osado, respondía: "Tu mama", y seguía su camino como si tal cosa. Jamás en su eterna autobiografía, ni en los eternos paliques que solía tener con Angel, el de la difunta Clara, ó con sus comadres y amigas, habló de su honradez, precisamente porque era honrada.

¡Qué iba á saber Jacinta de amor! Cuando lo supo, yá en la tarde de la vida, donde suele ser tan loco, si no más que en la juventud, se engolfó en el abismo de impresiones que trae consigo. ¡Qué iba á reflexionar! si la ausencia de reflexión es precisamente el distintivo del amor en su verdadera, en su genuina manifestación. El "Te amo" de la taza, sacudiéndole las entrañas, le abrió vastos horizontes. Qué de alientos cobró, cómo se afanó por atraer y agradar, no con cintas y perendengues, ni blandiendo las armas de la coquetería y de la gracia, que las campesinas no saben de esos tiquismiquis, y menos Jacinta, que mangoneó siempre de ser tan clara como el agua, y de sostener, aunque le fuese en ello la cabeza, todo lo que hacía y decía. La dádiva y el regalo eran sus armas. Ella, que no podía ver

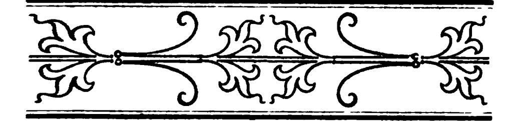
una necesidad sin remediarla, recordaba á cada paso las palabras de Angel, sin sentir yá el alfilerazo de los celos por estar convencida de ser amada, que la inscripción de la taza hablaba con elocuencia sin igual: "Tanté yo, mana Jacinta", había dicho el doncel, "Tanté yo, mana Jacinta, qué moza me va á querer sin tener tan siquiera una chácara de nutria ni una gorra aguadeña"; esas palabras vibraban en los oídos de la viuda como un reclamo; así, no es de maravillar que fuesen á manos del amado el sombrero de Suaza y el guarniel de piel de nutria con *chapa* de plata, del difunto, con la ruana y los pantalones de paño que Lorenzo llevó siempre en las grandes solemnidades.

Reventando de gusto y vanidad y despertando envidias, que se traducían en pullas como ésta: "Ay va el levanta muertos", el hijo de la difunta Clara se echaba por esas breñas, al cinto el machete aquél con vaina salida de la talabartería del maestro Cañas; en bandolera la escopeta angelicida, ó engalanado con los trapos de cristianar del "querido".

No ignoraba la apasionada hembra

que era comidilla de las murmuraciones, pues la comadre Jova todo se lo ponía en pico. Pero á Jacinta con esas.—"Yo soy Jacinta me mando" —exclamaba, dándose golpes de pecho;—naide me tira á la boca con una arepa. Yo doy lo 'que es muy mío porque lo he ganao con estas manos que se han de comer la tierra, y quiero al que me da la gana, pa eso soy libre. Al que no le guste que se vaya á trompetiar á un calvario. Que á yo no me manda sino es Dios del Cielo.





XII

Era el mes de Mayo. La cruz de la falda tiene fresca todavía entre los brazos la corona de rosas y de siemprevivas con que la adornaron Jacinta é Inocencia,el tres, día de la creciente tradicional; el patio es un efluvio de perfumes embriagantes y soñadores; y del rastrojo, que cayó exánime sobre el regazo de la tierra al golpe del hierro devastador, brotó la roza que se domina desde la casa, cual si fuese rico cendal que ondula agitado por el viento sobre la falda de la cordillera.

Se hallan en la barraca la madre y la hija en compañía de la viejecilla Jova,

que ha ido para madrugar con ellas al día siguiente á misa y al mercado (á hacer el fiambre—decía ña Jova en tono lastimero—para su viaje al otro mundo, que presentía cercano).

Llegó Angel diciendo que la roza había menester pajarero, pues que ya las bobas y las ardillas la estaban rondando.

Que entonces ya debía haber *chócolo* para llevarle las primicias al Sr. Cura—dijo Jacinta—pues ella lo tenía enseñado á regalarle *panochas* asadas dentro del rescoldo en envoltura de hoja de plátano.

—Vamos, Angel, en una carrerita, agora que está aquí mi comadre, á ver si topamos algo; pues si ya las bobas andan rondando es que hay, pues pa eso sí no son bobas.

Ña Jova se ofreció de muy buena voluntad al despacho de la clientela con Inocencia; y como en todo había de meter su cuarto á espadas, aprobó entusiasmada lo de las primicias, recordando que su compadre Lorenzo era de parecer que los primeros *chócolos* de toda roza debían dársele al Sr. Cura y á las benditas ánimas, con el fin de que pidiesen á San

Isidro los librase de "la quemazón", de los huracanes y del granizo. Iba para tres años–añadió–(allí estaba Jacinta de testigo) que su compadre había olvidado la tal ofrenda. En castigo, cayó en Bellavista una granizada tal, que no había en el país memoria de nada semejante, con un huracán que "parecía el juicio, lo mesmo que un toro pitando por la región"; los campos amanecieron "blancos quini la Bretaña", y las cañas tendidas por el suelo, "lo mesmo que el rastrojo el día de la tumba". Es que las ánimas, exclamó la viejecilla—han menester tanto del sufragio como el cristiano del pan de la boca, y no dejan pasar por alto nada de lo que pueda aliviarlas. La misma ña Jova tenía por costumbre rezarle un padrenuestro al ánima sola, todos los días, á media noche; y por más dormida que estuviese, el ánima había de venir á despertarla.

—Y si despiertan á uno? ña Jova —preguntó Inocencia sorprendida.

—Cállese la boca m'hijita; si juera eso no más, es que se le representan á uno cada que les falta algo pa subir al cielo. La dijunta mi madre [mis

palabras no la ofendan] no se me despintaba á yo, pero vean, ni pa comer. Fuí y le conté al dijunto padre Nao, y me dijo, sobándome la cabeza el queridito [me acuerdo como si fuera agora]: Hija, es q'está en penas; rezale padrenuestros, y oíle misas y hacele comuniones. Pero vea, jué quini con la mano.

—Y rezándoles, ña Jovita, no se le vuelven á representar á uno?—tornó á preguntar la niña, fija en la anciana, como queriendo leer en su ahuecado rostro una respuesta consoladora.

—No m'hijita: dende que uno les rece lo que han menester, se güelven una llamita y se van derechito al cielo.

Por los labios temblorosos de la niña vaga una oración.

—

Parten Angel y Jacinta. Él va adelante, siempre gallardo, á pesar de lo trapajoso de los remangados pantalones, que muestran la pierna firme y velluda, de la camisa que es un mosaico de remiendos, de la gorra de caña, por cuyos rotos y descosidos brotan los crespos desmechados, tron-

cha con el machete aquel del "querido", las zarzas y las ramas que se le atraviesan en el camino. Muy coquetona, con la rosca del alzado que le rodea la cintura y el sombrero de los cintajos con su pedrada á un lado, á zaga de él, ella, jugando con la *jíquera* en que iba á recoger las tiernas mazorcas.

Una mariposa azul como el amor, se les pone delante, dijérase que adrede, para servirles de cicerone en la floresta que germina. Agasajadora revolotea delante y detrás de ellos; inquieta y temblando acaricia la flor sin nombre de largos estambres, que se balancea juguetona; los pétalos de púrpura de la flor del granadillo silvestre, el cual se derrama en festones sobre el peñol gris que se levanta cabe la senda; los copos pálidos del arbusto que cabecea perezoso, como adormecido por el perfume que exhala y que persiguen engolosinadas nubes de mosquitos; las hojas del limonero campesino que embalsama el aire al ser tronchado por el machete ocioso de Angel.... Cansada al parecer de la indiferencia rústica de sus huéspedes, la mariposa les ase-

día, les envuelve, va y viene. Párase recogida en los lazos del sombrero de Jacinta, y torna á revolotear, á ir y venir, á posarse aquí y allí. Abate el vuelo para avanicar con el tenue soplo de sus alas de seda los cándidos azahares, desprendidos del árbol de anchas hojas, que bordan el tapiz de musgo en las márgenes del arroyo, que salta por ahí, espumoso y parlanchín, convidando con su frescura. Atraída por la trepadora que se extiende allá cual rico velo de áureas flores, vuela de ramo en ramo.

Súbito se detiene con las alas juntas para contemplar estática el nido oculto en el secreto del follaje.... En balde son el halago, la caricia y el asedio; levantándose al fin en espirales, el alado gusanillo va perdiéndose como una arista.

Angel y Jacinta siguen su camino indiferentes.

Indiferentes rozan con la momia de árbol centenario que piadosa trepadora cobija con sus tallos; con el esqueleto de ese otro, agobiado por los cardos como de ex-votos imagen milagrosa, donde se entrelazan, se enredan y se confunden los ramos de oro

y coral; indiferentes les ve el penacho rojo de la parásita que corona sarcástica el tronco negro y roñoso, en cuya podre halla la vida, y la gramínea de suave plumón que se inclina humilde cuando pasa el viento; indiferentes miran ese cielo, azul como las alas de la inquieta mariposa, donde las nubes se arremolinan en nítidos copos ó flotan en jirones aéreos y sutiles; ni el insecto que fulgura como bruñida plata; ni el melodioso reclamo de ideales pajaritos, que saltan de rama en rama, cuando no huyen asustados; ni los tominejos que vuelan como sombras rumorosas, y chupan las mieles, prendidos á modo de retales de gaza batidos por el viento; ni las mariposas de alas negras con parches rojos, que en bandadas retozan en los charquitos atornasolados; ni el lagarto que cruza veloz.. Nada, que aquella naturaleza que brilla, que embriaga con sus perfumes, que se engalana con sus primores, que se estremece y agita enamorada, que canta, que suspira, que gime y ruge á un mismo tiempo.... no logra, nó, arrancar á Angel y á Jacinta de su rústica indiferencia. Nada, no; que

Angel se detiene de repente, llamando la atención de su compañera hacia el ejército de hormigas que arrastran el cadáver de un gusano, á quien no valieron agudas flechas, ni actitudes amenazadoras de olímpica fiereza. Contemplando Angel, con la sonrisa en los labios, la inquina del insecto ponzoñoso, dice:

—Pero, vea mana Jacinta, cómo les parece que está vivo, tuavía lo pican. ¡ Hijue los animales pa calientes !

Del pequeño cráter sale inagotable escuadrón para reemplazar á las hormigas que se retiran cobardes ó á las que caen rendidas. Notándolo Jacinta, exclama :

—Diantres de animales que no me dejan parar nada en la güerta; y tendrá uno riesgo de acabar con ellas, querido.

Topan el árbol medio desnudo donde la oropéndola colgó las mochilas de sus nidos.

—Bendito sea mi Dios, Angel—grita Jacinta, mirando el árbol—vea esos diantres de gulungos, cómo hacen las casas que parecen jíqueras de mano de cristiano.

—Cállese la boca, mana Jacinta—

No diga nada. Y lo finas que son: vea que pa arrancar una es menester canela; pero harta.!

Saltando de piedra en piedra, elástico como un acróbata, pasa Angel el río; ella, empuñando las faldas en montón sobre la cadera derecha, dejando al desnudo, por delante, hasta media espinilla y por detrás, hasta las corvas, agachada, camina temerosa por entre las crespas linfas. Angel, en vez de ayudarle, en pie sobre una gran piedra y cruzado de brazos, la contempla desde la opuesta orilla.

Loco, como un chiquillo travieso, el viento se espacía en el maizal á su sabor y talante: él hace que las hojas se azoten unas á otras con manoteos de niños rabiando; él remeda rumor de enjambre; gemidos ahogados, la caída de la lluvia en el corazón de la selva. Silbando, burlón, se aleja para tornar en remolino que sacude, desfleca y desespera al penacho de espigas. Las cañas, para no caer, se aferran á la negra tierra con patas de araña salvaje, y doblándose, remedan las ondas de lago agitado. Como desesperada de tanta batahola, con sus cordones retorcidos, se ase la fri-

solera de aquí y de allí, en tanto que la vaina de entraña suculenta, que vive del jugo de sus tallos, toma parte en aquella tremolina, balanceándose desesperada.

Penetran Angel y Jacinta, hurtándole el cuerpo al borde cortante de las hojas; ahora se vuelven lenguas ponderando la gran fertilidad; ahora maldicen de las ardillas y de las guaguas que han empezado yá su agosto. El frescor les envuelve acariciador y voluptuoso. Por donde quiera les salen al paso mazorcas hinchadas, de mechón rubio y sedoso, cargadas por las cañas, á guisa de muchachos al cuadril. El señala ésa; ella, esotra. Coge Angel una, le rompe el capacho, y, satisfecho, le muestra á Jacinta el maíz, que asoma por la abertura, como los dientes al través de pálida sonrisa; revienta con la uña el grano que salta en pringues de blanca leche; desprende el pezón con la hojarasca, y entrega la mazorca á Jacinta, que la examina complacida, exclamando:

—Pero esto sí es una bendición de mi Dios, Angel, y uno tan malo.

—Hastay, mana Jacinta. No diga nada, que aquí sí hay comida, pues.

Angel va de caña en caña, con actividad pasmosa, la boca entreabierta y el ojo brillante. De un salto se pone sobre el añoso tronco, á partes ennegrecido por la quema, vestido á partes de helechos y enredaderas que, á modo de puente, une las faldas de discreta cañada, donde la fertilidad es todavía mayor. Desprende la mazorca que persigue, mordiéndose los labios y cerrando los ojos; se vuelve ligero para tirarla á la jíquera que Jacinta le presenta desde abajo, echado atrás aquel busto de Ceres, encendida y agitada, anhelante la respiración y fulgurosa la pupila.... Tiembla Angel.... Pierde el equilibrio....

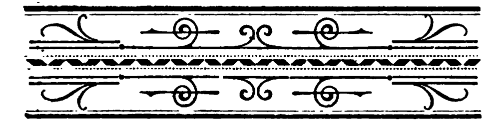
Manes de "*El Querido!*"

....

....

Salta asustado un sapo; refunfuñando se escapa la brisa, y el viento, ese alcahuete de las flores, huye riendo á carcajadas.

Recoge Jacinta la mazorca que rodó por allá, y regresan á la casa; ella, como Lycenia, satisfecha; él, como Dafnis, encantado.



XIII

Inocencia, á quien los cuentos de ánimas de la vieja habían exaltado la imaginación de suyo enferma, hecha un ovillo al rincón de su madre, pasa las eternas horas de la noche de aquel día, presa de espantosas alucinaciones: su padre estaba en penas, no podía dudarlo, y si nó, por qué se le había representado tántas veces? Y ella que no había rezado nada para sacarle de esas llamas, que el diablo, atizador del purgatorio, aviva sin piedad. Pero no era su padre el único menesteroso de sufragios, era el ánima sola—esa infeliz de quien nadie se acuerda—; eran las ánimas de to-

dos los muertos que había visto y de que tenía noticia. Ella sabía que cada vez que se consume una vela, boquea un cristiano y se apaga una estrella en el cielo. Ni la presencia de ña Jova, que dormía tranquila en la otra cama, en esa donde su padre espiró; ni la misma presencia de Angel, que en la tarima de la sala soñaba con idilios entre frondas y enramadas, eran para calmarla. Si Jacinta no durmiese como un lirón, oyera á su oído el apagado rumor de las oraciones de su hija, que, para desechar las visiones que la asedian, reza fervorosa y afanada un padrenuestro tras otro padrenuestro, una avemaría tras otra avemaría, una salve tras otra salve. Mas, así como el pecador arrepentido que evoca la vida pasada para abominarla, inconsciente se abisma voluptuoso en el recuerdo del placer que maldice, así, mientras Inocencia reza con los labios, se le ponen delante grupos de ánimas, que se balancean tan negras y tan largas como la sombra de una hilera de sauces cuando la luna asoma en el levante, descarnadas, medio envueltas en flotantes sudarios, mirándola sin

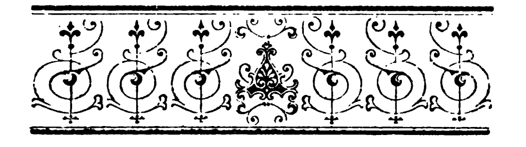
pestañear, con las cuencas fosforescentes. Remolinan, reducen el tamaño, se disipan para ser convertidas en nubes de luciérnagas, que revolotean, se confunden, se mezclan hasta convertirse en llama azulosa y mortecina. Gira la llama por un momento al rededor de la niña: para no verla, Inocencia se tapa hasta la cabeza y aprieta los párpados; pero torna á abrirlos desesperada, porque ve surgir del fondo de ella misma luciérnagas sin número. La llama azulosa y mortecina sube, sube hasta perderse en un fondo oscuro y misterioso. La niña se incorpora suspirando. Las ánimas, libres de sus penas, en gracia de lo mucho que ella ha rezado, se van al cielo, que se abre glorioso para recibirlas. Yá va á dormirse tranquila, empuñando las trenzas de Jacinta y arrullada por los trinos del *cucarachero*, que la calenturienta imaginación le reproduce, claros, sonoros y vibrantes, con esas dulces modulaciones de súplica y amor, cuando se le representa el que una vez logró atrapar, loca de alegría; lo ve en su regazo triste y esquivo á toda súplica para que cantara y picara

las harinas de hojaldre que le ofrecía cariñosa en la palma de la mano ; lo ve desmadejado y muerto, en el hoyito que para enterrarlo cavó ella misma, anegada en llanto, al pie del rosal ; y ve al gato con los ojos hambrientos, fijo en el cadáver desmelenado y yerto. De repente, salta tapándose la cara con las manos: es que la sala que había quedado en tinieblas se ilumina y el padre tan aterrador aparece allí. . . . Percibe los dulces sones del caramillo y ve á Angel agitado y sudoroso, bailando el gallinazo, con aquellos ojos que relampaguean lo mismo que el rayo en noche tempestuosa, al rededor del muerto que oscila, cual si colgase de cuerda invisible.

Ahogando un grito, la infeliz ilusa se aferra á Jacinta, que, medio dormida, la oprime en un convulsivo abrazo y la besa apasionada.

Sentándose en la cama da Jacinta la voz de marcha: la había despertado el canto del gallo que era su reloj nocturno.

Sale Angel bostezando, desperezándose y rascándose, á dos manos, costillas y cuadriles, en busca de la yegua.



XIV

A la luz de la luna duerme la tierra, arropada en sendales, en medio de silencio sepulcral.

Rompe Angel la marcha arreando la yegua; le siguen las tres mujeres con cestos y envoltorios en las manos. Tiembla Inocencia al percibir el tenue roce de la caída de las hojas; tiembla al oir el lejano lamento del perico ligero; tiembla al sentir el colear de la bestia que pásta á la vera del camino. Ocúrresele á Angel despertar aquel silencio de muerte con un grito largo y agudo, vibrante como el tañido de una campana; el grito, retumbando de monte en monte,

va apagándose hasta perderse allá lejos. Asustada, trota la yegua; la niña, convulsa, se pega á las faldas de Jacinta, que la rechaza con aspereza. En el canalón de las leyendas terroríficas no penetran los rayos lunares; los manchones blancos toman formas caprichosas de seres fosforescentes; allá en el otro extremo, como un centinela, se yergue y se inclina una salvia blanca que embalsama el aire; sacudiendo la maleza de la cima y dando graznidos, una ave nictálope levanta el vuelo. Inocencia, fría, jadeante, tropezando y oyendo el latir de su inocente corazón, avanza por la oscura senda. La salvia se inclina hacia ella como un fantasma de flotantes ropas; lanza la niña un grito y cae presa de horribles convulsiones, los ojos en blanco y la lengua afuera.

Ruedan por allá atado y sombrero; Jacinta, que creía pesadillas las manifestaciones del mal que minaba la salud de su hija, estalla en alaridos que repercuten pavorosos en el largo canalón. Acude Angel, espantado. Cuál se ven él y Jacinta para sacar de allí á la enferma. A las convulsiones

sucede rigidez cadavérica. Jesús! Jesús! le grita ña Jova, desatentada, botándole con los dedos los copos de espuma que arroja por boca y narices.... Cede la rigidez....; suspira la niña tristemente; se queja y se queda como sumida en sueño tranquilo. Cuando despierta toda atontada, dice que su padre se le ha representado, que le dió una palmada en la cabeza, la cual se le parte de dolor y que se siente "como pasada por un trapiche."

Torna á quedarse en un letargo que remeda el sueño.

Cantan los gallos.

—Qué es eso? Si yo pensaba que yá amanecía—exclama Jacinta mirando al cielo.—Diajo de gallo que se engañó con la luna!

La yegua, indiferente, troncha las yerbas que se encuentra en los barrancos del camino; se destacan las copas de los árboles en el azul pálido como cabezas rizadas de gigantes negros, y con su sombra envuelven los troncos ó dibujan en el suelo hadados encajes; la brisa arranca suspiros largos y lentos al follaje. Inocencia, caídos los párpados, caídos los brazos,

abiertos los labios como los labios de una herida, descansa con la inercia de la muerte en el regazo de su madre, que la acaricia enternecida. La luna que la envuelve en su luz fría, le marca los contornos y los pliegues del vestido con reflejos de piedra labrada. Semeja la estatua yacente de una virgen arrancada por la garra del tiempo de un sarcófago antiguo. De cuando en cuando da señales de vivir, con quejidos tristes y suspiros entrecortados.

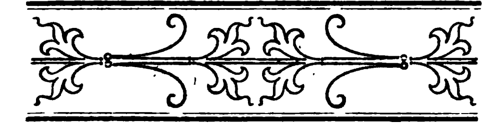
Los campesinos que llegan se acercan á mirarla estupefactos y le forman corro á ña Jova, el hierofante de Bellavista, que proclama, á los cuatro vientos, que el difunto algo tenía qué decirle á la hija; pues desde que anduvo deshaciendo los pasos, la había asombrado; que si la muchachita no fuese tan para nada y le dijera al verle: "De parte de Dios Todopoderoso diga qué quiere, pero no toqués con mi persona", él descansaría y la niña curaría del patatús. No se cansaba la vieja de citar al padre "Nao", ni de recetar misas, comuniones y responsos.

Pedro, con los ojos encharcados y

una ola que le comprimía el pecho de gladiador romano, contemplaba silencioso á la enferma. La virgen muerta que se venera en el altar de la iglesia, coronada de blancas rosas con estambres de oro, no era más bella para él. Angel, rayando el suelo con el palillo del arreador, clavaba en Jacinta miradas de fuego, envidiando, voluptuoso, el lugar que ocupa la infeliz niña.

Llevan ésta á Sanisidro en un bayetón cogido de las cuatro puntas. Sucédense en el carguío los acomedidos; sólo Pedro no quiere repuesto. El cortejo de hombres se despliega en guerrillas por la orilla de la quebrada que baña el poblacho por el pie, y se dan á la tarea de hacerse la *toilette*. Sacan de los carrieles los peines, los jabones, las navajas de barba, los espejillos de tapa y se lavan, y se afeitan y se peinan....





XV

A Jacinta no se le cuece el pan. Suplica Inocencia que confiesen, que comulguen. Ña Jova lo exige también como remedio infalible, apoyada en su propia experiencia; todo el que está al tanto de lo sucedido lo aconseja con citas de hechos semejantes. Cómo ?.. Si desde antes del baile no se confesaba; no había cumplido con la Iglesia. No se había atrevido á llevarle en persona las panochas al Sr. Cura, temerosa de que él, que era un santo, le leyera en la cara los pecados, y se denegara á aceptar los regalos de una tal por cual; pero, la niña, el ánima del marido ? El continuaría ar-

diendo en las llamas del Purgatorio é Inocencia moriría. Jacinta sabía de muchos, que si no se habían embobado, se habían quedado sin decir Jesús en el momento de ver un aparecido. Si Inocencia muriera, qué sería de ella? Y moriría, si á fuerza de sufragios no se sacaba de penas el ánima de Lorenzo. Lorenzo era un santo, es verdad; pero el justo peca siete veces al día, y siete pecados veniales componen uno mortal. Al mismo Lorenzo, que debía saberlo, puesto que sabía leer, le había oído ella proclamar esa doctrina. Después de dar y cabar en esas ó semejantes razones, se decía: "Esto es el patas.... Me confieso... Yá lo dije, me confieso." Mas, á poco de formular tal resolución, vuelven, sin ella caer en la cuenta, los temores y las vacilaciones: que el Sr. Cura tronaría en el confesonario; que le negaría la absolución; que la gente huiría de ella como de una endemoniada.... No, no se confesaría.... Pero Lorenzo en el Purgatorio; Inocencia condenada á morir ó á quedarse boba. Ah! si ella hubiese sabido antes la virtud del hábito de San Francisco, hubiera removido cielo y tierra

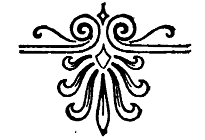
para conseguirlo. Enterrado con él, Lorenzo, si en el Purgatorio, no fuera presa de las llamas. "Pa yo sí lo consigo mas que me cueste un ojo de la cara; hasta la Villa onde el Obispo voy pa que me lo encargue; que yo también sé pisar por onde pisan las ricas. . . ." Y cómo se las compondría ella para decírselo todo al Sr. Cura, al Sr. Cura que la quería tanto, que era su paño de lágrimas? Callar? Dios la librara: La dama del ejemplo, echando los pecados metamorfoseados en sapos por aquella boca, en la reja del confesonario, que murió ahogada por el sapo grande, el pecado callado, se le representaba aterradora. Callar? Jamás! Primero muerta. . . . Y quién le había dado á ella cédula de vida? Quién le había dicho que Dios no la mataría de repente?

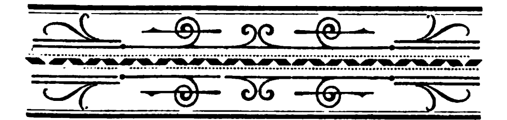
Una vez arrodillada, toda temerosa, en el confesonario, "esa cloaca de las almas" se dejó de cavilaciones. Todo lo dijo.

El confesor le abrió el infierno á los pies, con sus horrores y sus penas sin cuento, le mostró á Cristo, azotado, arrastrado por el suelo, escupido y espirante en el madero de la cruz. Man-

dóle que, para escapar de ese infierno y merecer el perdón del Cordero, huyera, así como huía del animal peligroso.

Tranquilas y contentas regresaron ese día las dos mujeres á Bellavista: Inocencia con la esperanza de que su padre no volvería á aparecérsele, y Jacinta libre de las persecuciones de la conciencia, convencida de que estaba reconciliada con el Cielo.





XVI

En la tarde de ese mismo día se ocupaba Inocencia en ventear el maíz tostado para el chocolate, y Jacinta, sentada en el umbral de la puerta de la cocina, pegaba un remiendo de dril negro en los fondillos de unos pantalones claros.

Llegó el mozo muy satisfecho, la escopeta en bandolera, saludó y dijo, mirando á Jacinta:

—Hay que ponerles veneno á los animales, pues no se figura el destrozo. Yá dentró la tatabra, pero, vea mana Jacinta, no se ve más quel patiadero.

Jacinta, volviendo la cabeza para

otro lado, le contestó con voz apagada, que así lo haría y que yá había buscado *pajarero*.

Le replicó él con viveza, que pajarero no se necesitaba, pues que era él muy hombre de hacer en la casa lo que se ofreciera y de cuidar la roza de los pájaros: "pa questoy yo aquí, pues?"—exclamó, cuadrándosele delante.

—Es que usté se tiene qué ir—replicó ella, siempre sin mirarle.

Sorprendido, preguntó Angel qué había hecho él para merecer que se le diera con la puerta en la cara.

—Es que mi alma se pierde......—contestó ella trémula y entrecortada.—El Sr. Cura me dijo que....

La emoción no la dejó acabar.

Hubo un momento de silencio.

Jacinta, que se había puesto en pie, volviéndose al muro de la cocina, se enjugó los ojos con su verdadero paño de lágrimas—el ruedo de la saya—y esforzándose por aparecer serena, continuó diciendo que, partiéndosele el corazón, le iba á echar de la casa, pero que tenía que obedecer al Sr. Cura, que recogiera esos panta-

lones que acababa de remendarle, y que en la *vara* encontraría lo demás.

Conmovido, se da Angel al arreglo del maletón. En su tarea no cesaba de mirar aquel carriel y aquella ruana, aquel machete y aquella escopeta con que había despertado tantas envidias. Pensaba en lo duro que iba á ser para él la despedida de aquella casa, donde le habían sacado de pañales, donde era tratado como el amo, y salir desnudo cual otro Adán del Paraíso!

Al dar la mano á Jacinta, que suelta el trapo á llorar, Angel tiembla.. El recuerdo de la ventura, las lágrimas... el contacto de aquella mano que parecía detenerle sin esfuerzo, todo unido, le venció.

—Y si usté se casa con yo,—exclamó, desprendiéndose de Jacinta y poniéndosele delante—no tendrá que cerrarme las puertas de su casa?

No lo dijo á tonta ni á sorda, que volviéndole á mirar Jacinta con los ojos rubicundos y abrillantados por el llanto, contesta enronquecida:

—Y usté sí se va á casar con una vieja?

—No hay diotra. Mozas pa qué.

Inocencia, á la llegada del mozo, suspendió su trabajo, puso en el suelo la batea, y el oído atento—es que la voz de Angel era para ella más dulce que la música más dulce. Al oir lo de la despedida lloró y un desfallecimiento mortal le recorrió todo el cuerpo. Mas, cuando él dijo : "mozas pa qué", sécansele las lágrimas de repente, levántase á impulso de fuerza misteriosa, y, por la primera vez de su vida, se atreve á mirarle cara á cara, erguida, pálida, temblorosa ; luégo clava en uno y otro, sin mirarles, los ojos secos y espantados.

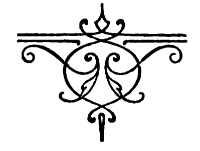
Ni la madre ni él—entretenidos en sus coloquios—pararon mientes en esa actitud que clamaba justicia, ni en esa mirada pavorosa que parecía clavada en un abismo.

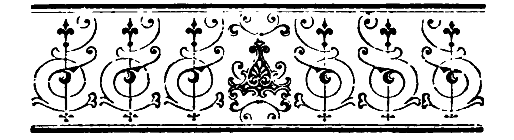
Inocencia quiso hablar y no pudo ; se ahogaba ; presa de violentas palpitaciones llevó las manos al corazón y volvió los ojos al cielo, suplicante y angustiada ; se dobló en el banco y ocultando la cabeza entre las manos, la dejó caer sobre las rodillas.

Así permaneció horas y horas.

Viendo *Teniente* que la niña no lo

llama ni lo agazaja como de costumbre, se le acerca y, amoroso, le pone el hocico en la cabeza para recordarle que allí está. La tierna delicadeza del perro, le arranca un sollozo entrecortado que le da alivio. El fiel animal, como si comprendiera el horrible desamparo de la infeliz, se le echa á los pies quieto y silencioso.





XVII

Al saber la viejecilla Jova lo del matrimonio, sonríe, desplegando los fruncidos labios á modo de un talego desjaretado, y, palmeando en el hombro á su comadre, y mirándola con aquellos ojos lagañosos y sin pestañas, clama con aire de triunfo:

—No me diga nada comadre, que yo soy perra vieja; já! já!.... es quel amor guelve á nacer quini la yerba.

La noticia la tuvo Pedro del mismo Cura párroco, el día que proclamó la cosa en misa, desde el altar. Oirlo y palpitarle á golpes el corazón, y oprimirse y temblar como azogado, todo

fué uno. No era á Inocencia, no.... Angel no la amaba.... Con la esperanza, la imagen de la niña, aunque no le desamparaba, surgió más viva, más real, no como era cuando se enamoró de ella, ligeramente sonrosada, lozana y fresca, sino como estaba ahora, magra, con aquellos ojos tristes de mirar vago, aquella blancura transparente, realzada por los cabellos ondosos y brillantes.

Con la bendición salió sin rezar, como tenía por costumbre, el credo al Sagrado Corazón, que el Cura añadía al Santo Sacrificio.

Se fué al maestro Arroyave, el sastre del pueblo.

El tal, zancón, seco, mano larga, uñas largas, enlutadas, descolorido y un tanto abotagado, enmarcado el rostro en patillas á lo Sucre, de cachucha, en mangas de camisa, el metro pringoso y descascarado colgado del cuello, y los brazos pendientes del dedo pulgar engarzado en la sisa del chaleco, con esa amabilidad de pacotilla que se estila entre los negociantes para acrecer la clientela, recibe al jayán.

—Muy buenos días, amigo—le dice, doblándose como un junco.—Entre usted á su casa y tome asiento. Vamos á ver—agrega frotándose las manos—qué desea el amigo? unos pantalones? que le forremos una ruana? Lo que quiera, amigo, lo que quiera, estoy para servirle.

Sudando, tragando saliva, y dándole vueltas al sombrero entre las manos, tartamudea Pedro, más que de costumbre, y mirando al suelo:

—Que no.... que.... No soltaba lo que quería.

El maestro, que sí entendía el oficio, lo sacó del apuro, diciéndole:

—Una cartica tal vez?

—Sí, señor, contestó Pedro entre dientes.

—Conque estamos enamorados, nó? Magnífico, magnífico. De alguna de tantas bellezas, de esas que andan por el mercado que le vuelven á uno la boca agua. Vamos, vamos á ver si podemos complacer al amigo. Por supuesto que es proponiendo matrimonio. Magnífico, magnífico. El hombre nació para casarse, y usted es más digno que nadie de una bella. ¿Y

quién es la venturosa que va á llevarse un joven como usted, buen mozo, trabajador y honrado? Yo soy franco, perdone que se lo diga en su propia cara.

—Pues.... pues la hija de mana Jacinta.

—La pandequesera de Bellavista, Inocencia? Le alabo el gusto, amigo, le alabo el gusto. Inocencia es lo que se llama un *boccata di cardinale*.

Mientras hablaba el maestro, amontonaba en un extremo de la mesa tijeras, rollos de manta y de retales; saca del cajón pluma y tintero, y se prepara á escribir.

Pedro, á su vez, saca del carriel un sobre enfranjado del cual extrajo el sastre memorialista un pliego de papel, guarnecido, como el sobre, de delicado encaje.

—Ah! magnífico, magnífico—exclama mirando el sobre—un pensamiento. Qué lindo! No parece pintado. Magnífico. Esta es la flor por su significado, amigo... "Sólo tú ocupas mi pensamiento"...Este el papel que merece la bella Inocencia.... qué ojos, amigo, qué boca.

Tomando después los anteojos, pega el pico de la lengua en cada vidrio, los frota en la rodilla y se los cala después de cerciorarse de que la luna, pegada en el aro con cera negra, está firme.

Escribe, y á medida que escribe, se vuelve á mirar á Pedro repitiéndole lo escrito con explicaciones y comentarios, llevándose los anteojos á la frente de cuando en cuando.

Señorita Doña María Inocencia Pasos.

—Señorita, amigo, porque ese es el tratamiento que Carreño manda que se le dé á las niñas solteras; y María, porque todas nuestras bellas llevan el nombre de la "Rosa á la orilla del Jordán nacida. Inmaculada *flor de Galilea.*" Yo lo sé amigo, porque la práctica que tengo en estas cosas me lo ha enseñado.

Altamente adorada señorita.

—Altamente adorada, porque usted la adora, amigo, usted la adora, usted la quiere más que á todo en la vida.

—Muy bien—articula Pedro—como ahogado, mirando siempre al suelo.

Con mano temblorosa tomo la punzante pluma

—Con mano temblorosa, amigo, porque todos temblamos (yo también fuí joven), todos temblamos cuando nos dirigimos al ángel del amor. *para decirle que mi corazón es un volcán que se derrite por usted en las fuentes del amor.*

—Todo corazón enamorado es un volcán, amigo, un volcán que se derrite, que no nos deja ni comer ni dormir.

El apasionado montañés no cabía en sí de pasmo. ¡Qué sabio debía ser aquel hombre, que no le había visto jamás, para adivinar todo el amor que le quemaba. No entendía ni jota, es cierto, de aquella jerigonza en que salían á la danza Venus Citerea, Cupido y su carcax, Céfiro y las gracias; pero todo debía ser muy bello, muy del caso, la fiel interpretación de sus pensamientos.

—Su nombre, amigo; hágame el favor de decirme su nombre—pregunta el memorialista á su parroquiano, poniendo punto final con esta frase: *Tu apasionado, que besa vuestros pies de hada.*—Lo tengo en la punta de la lengua; pero con los años voy perdiendo la memoria.

—Pedro Antonio de Jesús—masculla el enamorado.

—Ah! cómo nó! amigo Pedro Antonio.... Pedro Antonio de Jesús—repite el sastre con la mano en la frente, como quien evoca un recuerdo—Pedro Antonio, Querubines si la memoria no me engaña.

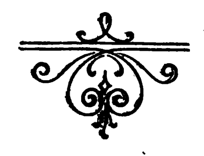
—Acebedo, señor sastre, mi padre es Roque María Acebedo.

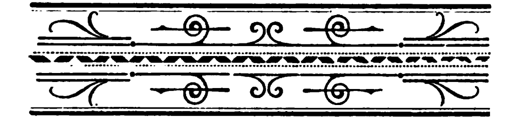
—Ah! su madre es la Querubines.

—Ella es Rojas, maestro.

—Ah! Rojas, cómo no, Rojas. Valiente memoria esta mía.

Pagando el medio real de la obra, se despide Pedro, feliz, llevando entre la faltriquera la amorosa epístola.





XVIII

El puesto de Jacinta en el mercado sobresalía en la hilera de las mujeres, por las banquetas, el montón de cestos cubiertos con nítidos paños, y los haces de cebolla, de culantro y las totumadas de tomates. Inocencia, comerciante en frutas, no alcanzaba á despachar la runfla de muchachos, á quienes vendía por tabacos, naranjas, pepinos y guayabas. En ese momento estaba sola, sentada en la banqueta materna, porque Jacinta andaba por las casas de sus parroquianos, ocupada también en asuntos de su negocio.

So pretexto de comprar una hojaldre se llegó Pedro á Inocencia, y tirándole la carta sobre las rodillas, le dijo, con voz ahogada por la emoción:

—Aquí le mandan.

Y sorprendido de tanto heroísmo, se coló de rondón por el mercado, buscando el modo de contemplarla á su sabor, sin que ella se percatase.

Inocencia encontró bellísima la carta, por lo enfranjado del sobre y por la acuarela—un pensamiento con botón y dos hojas. Jacinta, en oyéndola leer, se deshizo en elogios: que en Sanisidro no había otro mozo igual á Pedro; de mejor ralea ella no le conocía; que nadie le podía echar en cara tanto así, y que, además, era dueño de tierras propias; razón por la cual no tenía que darle ganga á nadie con aparcerías y arrendamientos.

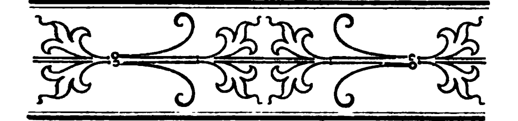
—Si mi Dios le da vida y salú m'hijita, se pone en éstao con el monito, ya lo sabe—le dice á la niña, muy zalamera, acariciándole la barba.

Por respuesta, dos lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de Inocencia.

Pensando seguramente Jacinta que

esas lágrimas las arrancaba la idea de la separación, se da á la tarea de animarla, diciéndole que Pedro haría la casa al otro lado del rio, en el plan que se halla arriba de la roza; que así quedarían á grito, podrían verse cada rato y ayudarse mutuamente.





XIX

Entre los campesinos que regresaban á sus casas ese domingo en la tarde, por el camino de Bellavista, iban Angel y Pedro; adelante de ellos, Jacinta é Inocencia con otras mujeres.

—Hombre Angel—le dijo á éste uno de sus compañeros—yo pensaba que usté se casaba, pero con la muchacha.

—Vamos á ser compadres, hermano, pues yo ya tenía en la punta de la lengua, pero vean, lo mismito—interrumpió otro.

—Compañeros, es que no se pára ctra como Jacinta en el puesto—ex-

clamó el viejo Cleto, agarrando á Angel de un brazo.—Caramba! que cada que me acuerdo d'ese gallinazo que bustedes bailaron se me vuelve la boca agua y me dan ganas d'echar á aguacatiar como cuando era mozo. Es que como el garabato de Jacinta, no hay; y ese orgullo pa meniase. Yo, hermanos, también me apunto á la mama.

Angel contestó:

—Y yo soy bobo pa irme á casar con una apestada?

No había acabado Angel de decir *apestada*, cuando Pedro, dando un salto de tigre se echa sobre él, barbera en mano. Le diera muerte si el otro con pasmosa agilidad no gira sobre los talones y saca el machete, que brilla en el aire como un alfanje. Si no hubo la de mazagatos fué porque los compañeros, con gritos y algazaras, se interponen, les desarman y les tienen agarrados.

El bochinche parecía el fin del mundo. Asustadas, se devuelven las mujeres.

Enterada Jacinta del ataque á su Eneas, se sulfura como una endemo-

niada y echa sapos y culebras por esa boca. Manoteando, contoneándose, el sombrero de los cintajos en la corona, los ojos brotados, escupe en la cara de Pedro, que está pálida como la de un muerto.

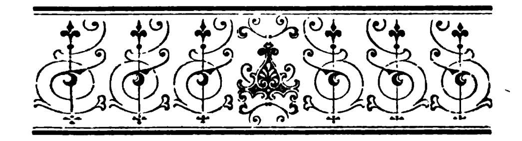
—Canalla! Canalla! Canalla! Mirá, primero cojo la muchacha, la vuelvo picadillos (hace ademán de hacerlo) y se la echo de comer á los marranos, que casarla con vos, so asesino, y se queda resoplando, fijos en él los ojos de basilisco.

—Agradezca q'es mujer—vocifera Pedro dando un paso á ella.

—Perucho—grita Cleto abrazando á Pedro por la espalda—el hombre que le pega á una mujer no merece los calzones.

—Suélteme mano Cleto, que yo no ensucio mis manos en naguas.





XX

Han pasado quince días. Es lunes. Jacinta, puede asegurarse, viste la camisa del hombre feliz. Cómo nó, si desde esa mañana es la esposa de Angel.

Por la noche, á la hora de recogerse, con el tono más dulce de su repertorio, manda á su hija que se acueste en la cama, en esa cama donde el ánima del difunto estuvo bebiendo el agua de la taza. Inocencia lanza un suspiro entrecortado, y se queda en pie en la mitad del cuarto, cruzados los brazos é inclinada la cabeza sobre el pecho. Allí, en la cama, estaba su padre, ella

le veía, y percibía el estertor.... A sus pies, la tierra pronta á tragársela viva....

—Acostate cismática-ordena Jacinta, que no sabía rogar.

Inocencia no se mueve.

—Acostate—repite la madre. Y no contenta con orden tan terminante, levantando la niña en volandas, la tira en la cama; y, gozosa, se acomoda al rincón del lecho conyugal, puesto que ocupó Inocencia desde la muerte de su padre, convertido ahora en lecho nupcial.

Apaga la luz para desnudarse, que jamás lo hizo á la vista de su marido.

Angel se está sentado en la tarima de la sala, con las manos entre las piernas. Viendo la esposa que no da trazas de acostarse, le dice melosa é insinuante:

—Tiene vergüenza m'hijo? Camine acuéstese....

Con el rumor de besos se mezclan ó se confunden largos y tenues suspiros, crugir de dientes y el ruido de un cuerpo que cae.

Acuden los esposos con vela encen-

dida, y hallan á Inocencia tirada en el suelo.... muerta.

—Socorro! Socorro!—grita desesperada aquella madre, tan dichosa un momento hacía.—Se la llevó! El me encargó que no le pusiera padrastro á la muchachita.

Los que estaban al tanto de la recomendación del padre moribundo, contemplando el cadáver cárdeno, como un lirio cárdeno, al que la serenidad de la muerte no pudo borrar la huella de inmenso dolor, exclaman conmovidos, á media voz:

...."Cita! se la llevó, se la llevó. Dichosa ella!"





